

# **LAN-KOADERNOAK**

## **CUADERNOS DE TRABAJO**

## **WORKING PAPERS**

**DESARROLLO HUMANO:**

**UNA VALORACION CRITICA DEL**

**CONCEPTO Y DEL INDICE**

**BOB SUTCLIFFE**

HEGOA agradece a la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI), la financiación de la investigación, cuyo resumen publicamos en este cuaderno.

BOB SUTCLIFFE es economista británico, especialista en problemas de economía mundial. Conocido escritor en revistas especializadas, ha publicado varios libros en su especialidad, siendo las más recientes: *Hard Times: the World Economy in Turmoil*, 1983 y *The Profit System*, 1987.

Como profesor, su actividad abarca las universidades de Massachusetts, Amherst, Estados Unidos; Jesus College, Oxford, Kingston Polytecnic, Surrey, Gran Bretaña; y la Escuela de Sociología de la Universidad Centroamericana, Managua.

Actualmente es Profesor Asociado de la Universidad del País Vasco/EHU y responsable del equipo de investigación de HEGOA.

El autor agradece la ayuda de Alfonso Dubois, Luis Guridi y M<sup>a</sup> Victoria Lamas en la preparación de este Cuaderno.



*Centro de documentación e investigaciones sobre países en desarrollo*

Facultad de Ciencias Económicas  
Avenida Lehendakari Aguirre, 83  
Tfnos. 447 35 12 - 447 16 08  
**48015 BILBAO**

Antigua Escuela de Magisterio  
Avenida Ategorrieta, s/n  
Tfnos. 447 35 12 - 447 16 08  
**20013 DONOSTIA - SAN SEBASTIAN**

Fray Zacarías, s/n  
Tfnos. 16 15 32  
**01001 GASTEIZ - VITORIA**

## **Desarrollo humano: una valoración crítica del concepto y del índice**

Bob Sutcliff

Cuaderno de Trabajo de HEGOA

Número 11

Junio 1993

D.L. BI-1473-91  
ISSN: 1130-9962

CUADERNOS DE TRABAJO DE HEGOA es una publicación interna destinada a difundir los trabajos realizados por sus colaboradores o con ocasión de las actividades organizadas por HEGOA, así como aquellos textos que por su interés ayuden a la comprensión de los problemas de los países en desarrollo y sus relaciones con los países desarrollados. Esta publicación está editada en colaboración con la UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO / EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

## Indice

- I. UN CAMBIO DE CRITERIO
- II LA METAMORFOSIS DEL PNB PER CAPITA EN EL IDH
- III LOS RESULTADOS
- IV LA BASE FILOSÓFICA DEL ÍNDICE
- V LA ADECUACIÓN DE LOS INDICADORES
  - 1 Indicadores ausentes
  - 2. El balance de los tres componentes del IDH
  - 3. El indicador de la renta
  - 4. El indicador de la salud
  - 5. Los indicadores de la educación
- VI LA DESIGUALDAD Y EL IDH
  - 1. La desigualdad entre los países
  - 2. La distribución dentro de cada país
  - 3. La distribución entre los géneros
  - 4. Cambios en la distribución a lo largo del tiempo
- VII PROBLEMAS ESTADÍSTICOS DEL INDICE
- VIII PROBLEMAS CON DATOS DE DIFÍCIL CREDIBILIDAD
- IX CONCLUSIONES

### Apéndices:

Cuadro 1: Ranking de países por IDH y PNB por persona

Cuadro 2: Indicadores en el ID Mundial e ID Humano

Figuras 1-12



## I. UN CAMBIO DE CRITERIO

¿Es Suiza un país 275 veces más "desarrollado" que Mozambique o solamente lo es seis veces? Alguien podría decir, de manera despectiva, que esta pregunta no merece ninguna reflexión, que pertenece a esa clase de lógica de quienes se plantean cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler o cuántos elefantes se necesitan para cambiar una bombilla.

Pero insistiendo en la pregunta, ¿es China uno de los países más pobres del mundo, con un nivel de vida material que sólo alcanza a ser la quinta parte de su vecino Japón? ¿O ha alcanzado China, en un sentido de utilidad, más del 60 por ciento del nivel de desarrollo del Japón? ¿Se puede decir que Estados Unidos es un país más desarrollado que España o Irlanda, o, resulta que es al revés? ¿Oman y los Emiratos Arabes Unidos se encuentran en la categoría de países donde se halla Canadá o hay que colocarlos junto con Sri Lanka? ¿Costa Rica y Chile se sitúan junto a El Salvador y Paraguay, o hay que ordenarlos con Suecia?

¿Por qué son importantes estas preguntas? Porque detrás de ellas se encuentran temas más abstractos, tales como la pregunta de qué es el desarrollo y cómo puede medirse. Y tras esa pregunta subyace otra aún más importante y es saber si la sociedad humana tiene o debiera tener objetivos globales y, si se respondiera afirmativamente, cuáles debieran ser esos objetivos. La cuestión de conocer si Japón, Arabia Saudí, Estados Unidos o Burkina Faso se hallan más cerca o más lejos de alcanzar objetivos deseables por la sociedad humana es, evidentemente, algo importante desde muchos puntos de vista.

¿Por qué plantear estas preguntas ahora y de esta manera? Porque en la actualidad dos importantes organizaciones internacionales están dedicando una gran cantidad de recursos para conseguir responder a ciertas cuestiones básicas sobre los diferentes niveles de

desarrollo de las sociedades humanas y las respuestas que ofrecen, hasta ahora cada una por separado, enfrentan directamente las preguntas antes planteadas.

Estas dos organizaciones son el Banco Mundial y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), y ambas juegan papeles relevantes en el pensamiento, la política y la acción relacionados con el "desarrollo" en el Tercer Mundo. Pero las dos organizaciones ofrecen imágenes radicalmente diferentes del mundo en dos publicaciones anuales que tienen mucho en común. El **Informe sobre el Desarrollo Mundial**<sup>1</sup>, del Banco Mundial, aparece anualmente desde 1970 y se ha ganado un puesto como el informe más citado sobre la realidad económica y social del Tercer Mundo. Goza de una gran consideración como fuente estadística autorizada de datos sociales y económicos sobre la situación del mundo. Nos referiremos a él como el **ID Mundial**.

El **ID Mundial** se enfrenta actualmente con otro informe al que se le puede calificar de alternativo, complementario o rival, depende de cómo se le quiera valorar. Nos referimos al **Informe del Desarrollo Humano**<sup>2</sup>, elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, al que a partir de aquí lo citaremos como **ID Humano**. Este **ID Humano**, cuya primera edición apareció en 1990, se presenta actualmente como una publicación anual al igual que el **ID Mundial**. Su tercera edición se publicó en el mes de abril de 1992.

La aparición del **ID Humano** lleva camino de convertirse en un acontecimiento importante en los debates sobre el desarrollo. En cuanto a su forma y presentación, de manera deliberada se ha procurado una estrecha semejanza con el **ID Mundial**. Consta de varios capítulos de texto aligerados con cuadros, gráficos y recuadros y con un suplemento extenso que contiene estadísticas comparativas de la mayor parte de los países del mundo. Para poder rivalizar con el **ID Mundial**, ha optado desde un principio, por una excelente presentación y los dos informes constituyen excelentes ejemplos de logros editoriales.

<sup>1</sup> Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1991*, Washington DC, 1991.

<sup>2</sup> Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, *Desarrollo Humano: Informe 1991*, Bogotá, Colombia: Tercer Mundo Editores, 1991.

Pero es en lo referente a sus ideas y conceptos donde el **ID Humano** ha pretendido, de manera muy consciente, diferenciarse de su oponente. La diferencia no se encuentra en la información. El **ID Humano** cubre más países, un total de 160 en su segundo informe frente a los 120 del Banco Mundial, y la diferencia más importante es la inclusión de incluir los países de Europa oriental, excluidos por el Banco Mundial, y las pequeñas naciones formadas por islas. Se da una considerable superposición entre las series estadísticas contenidas en los dos informes, como se puede comprobar en el Cuadro 2 del Apéndice. De los 114 indicadores incluidos, 46 son comunes a ambos, 42 aparecen sólo en el **ID Humano** (en su mayor parte indicadores relativos a diferencias sociales, gastos militares y medio ambiente) y 26 sólo en el **ID Mundial** (principalmente indicadores "económicos"). Pero hay mucha información común en ambos informes. Y hay pocas diferencias importantes en las estadísticas específicas de cada país, lo que no es sorprendente dado que las fuentes en que se basan son, a menudo, las mismas.

Entonces, ¿por qué tanto jaleo sobre el tema? La diferencia se encuentra en que el **ID Humano** ha elaborado e interpretado los datos de una manera original dando como resultado una imagen del mundo notablemente diferente de la dibujada por el **ID Mundial**. El aspecto más importante de esa diferencia se centra en la creación por parte del **ID Humano** de un nuevo índice cuantitativo que permite efectuar comparaciones entre los países, y que denomina Índice de Desarrollo Humano (IDH). El IDH se utiliza como el principal indicador del nivel comparado de desarrollo de un país en contraste y oposición consciente al uso tradicional por parte del **ID Mundial** de la renta per capita como la variable estadística básica para realizar comparaciones nacionales.

Los dos índices presentan dos importantes diferencias en la imagen que proyectan del mundo. Primero, el modelo de distribución de la "cantidad de desarrollo" entre países es acusadamente distinto. Esa diferencia se puede apreciar en la Fig.1 que muestra la ordenación del Producto Nacional Bruto (PNB) per capita en 1988 y el IDH correspondiente a los años 1990 y 1991, del más bajo al más alto, en cada caso según sus respectivos criterios. En resumen, el mundo según el PNB per capita es mucho más

desigual que el mundo medido de acuerdo al IDH, aunque la discrepancia entre ambas visiones es menor para el año 1991 que para el 1990, por razones que plantearemos más tarde.

La segunda diferencia se manifiesta en el orden que ocupan los países. La lista completa en ambos casos se ofrece en el Cuadro 1 del Apéndice, y la Fig. 2 recoge los países que han experimentado modificaciones importantes hacia arriba o hacia abajo ( superiores a 30 puestos) en la ordenación según el IDH, comparándola con el PNB per capita.

Más tarde volveremos a comentar estos datos. Pero antes se describirá, paso a paso, cómo la curva cóncava del PNB per capita se convierte, por medio de elaboraciones estadísticas e introducción de nuevas variables, en la curva convexa del IDH.

## **II. LA METAMORFOSIS DEL PNB PER CAPITA EN EL IDH**

La transformación se produce a través de cinco etapas que se muestran gráficamente en la Fig.3.

Etapas 1: Modificar la conversión moneda nacional/dólar: de tipos de cambio a estimaciones según Paridad de Poder Adquisitivo (PPA) (Línea 1 a línea 2 de la Fig. 3).

Los datos utilizados por el **ID Mundial** para calcular la renta per capita se basan en las estimaciones oficiales hechas por cada país de la renta nacional convertidas en dólares de Estados Unidos al tipo de cambio, normalmente el tipo de cambio oficial, que a menudo se ajusta cuando se considera que se halla muy alejado del que resultaría del libre juego del mercado.



Dejando a un lado las ya conocidas desventajas que implica utilizar los datos de la renta nacional como método para comparar niveles de vida<sup>3</sup>, hay que añadir otros problemas a esta fórmula de medición:

- La estimación de las tasas de cambio debe hacerse, a veces, de manera prácticamente arbitraria, como cuando funcionan controles de cambio, hay un mercado negro o rige un sistema de tipos de cambio múltiple.
- Las simples modificaciones formales de los tipos de cambio hacen aparentar que se modifican, así mismo, los niveles de vida o el nivel de desarrollo.
- Incluso teóricamente, el tipo de cambio sólo refleja los precios relativos de los bienes y servicios comercializables, por lo que apenas puede servir de guía para convertir el valor de los bienes y servicios no-comercializables, que en casi todos los países supone una gran proporción del producto total.
- Los tipos de cambio también reflejan movimientos de capital en respuesta, entre otras cosas, a las diferencias en los tipos de interés.

Estos fenómenos poco o nada tienen que ver con la comparación de los niveles de vida. Por esta razón sería mejor, por consenso universal, usar tipos de conversión de renta para comparar los niveles de vida, que reflejen diferencias de los poderes adquisitivos internos de las diferentes monedas. El problema que se plantea es que el procedimiento de estimación se hace mucho más complicado. Requiere elaborar un índice que pueda realmente comparar niveles de precios. Cuando los modelos y los niveles de consumo son diferentes y necesidades similares se satisfacen de forma distinta en una a otra sociedad, es imposible hacerlo de manera satisfactoria. En lugar de los problemas de estimación del

<sup>3</sup> Estas críticas han sido bien resumidas por Victor Anderson en *Alternative Economic Indicators* (véase bibliografía).

tipo de cambio, la comparación plantea todas las complicaciones relacionadas con los números índices, sin mencionar la escabrosa tarea que supone compilar índices de precios adecuados para cada país. Sin embargo, las Naciones Unidas y los economistas de la Universidad de Pensilvania han venido trabajando desde hace algunos años, en un proyecto para conseguirlo por lo que ahora se disponen de algunos resultados preliminares para la mayoría de los países. Ello permite estimar comparativamente los niveles nacionales de renta, usando una tasa de cambio basada en el concepto de Paridad del Poder Adquisitivo (PPA).

El primer cambio que hace el **ID Humano** es usar estas nuevas estimaciones del PPA de la renta nacional en lugar de las estimaciones resultantes de la conversión por el tipo de cambio. El motivo es que, en teoría, proporciona una mejor idea de las diferencias reales en los niveles de vida que la que ofrecen los datos de la renta nacional. Las diferencias son bastante espectaculares y sólo este paso es suficiente para modificar las ideas sobre las diferencias relativas en los niveles de vida y el nivel de desarrollo, que se basan en los datos de la renta nacional convertida en dólares por el tipo de cambio tradicional.

A partir de la comparación, se puede estructurar un clarísimo modelo de diferencias. Las estimaciones del PPA ofrecen datos considerablemente más altos que las estimaciones en dólares para los países más pobres y datos más bajos para los países más ricos. Así, la brecha se reduce notablemente y el nivel implícito de desigualdad internacional es mucho menor. Una manera de interpretar los datos sería decir que "los países pobres no son tan pobres como parecen ser y los ricos tampoco lo son tanto". La Fig. 4 ayuda a comprobar la diferencia. La línea 1 muestra el modelo de distribución de la renta per capita para 120 países, ordenados de acuerdo al PNB per capita en dólares. La línea 2 muestra 120 países, ordenados según la renta per capita en PPA.

Es importante hacer notar que el origen de la discrepancia entre las dos estimaciones no se encuentra en lo que se mide en primer lugar o cómo se mide. Ambas parten de las estimaciones oficiales del PNB de los países, con todas su ya bien conocidas deficiencias.

La única diferencia es cómo estas estimaciones se van transformando en medidas comparables, bien por medio de los tipos de cambio, que las convierten en dólares, o por los estudios del poder adquisitivo.

Este es el primer paso en la metamorfosis del PNB per capita en el Índice de Desarrollo Humano, que resulta ser un factor muy relevante en la transformación tanto de los niveles cuantitativos de cada país como en la ordenación de los mismos de mayor a menor.

Etapa 2: Ajuste en función de la utilidad marginal decreciente de la renta (Línea 2 a Línea 3 de la Fig. 3).

El siguiente paso no tiene nada que ver con lo que se estima sino únicamente con la forma de procesar los datos. Los autores del **ID Humano** argumentan que, al medir el desarrollo, la renta en los países más pobres debería tener un peso mayor que la renta de los países ricos. Su argumento no es sino una versión de la vieja y familiar hipótesis de la utilidad marginal decreciente de la renta. Pero mientras que esta hipótesis se relaciona normalmente con los sentimientos subjetivos de los receptores de la renta, en este caso el argumento se expone en términos diferentes: se dice que la satisfacción de las necesidades

básicas es más importante que el consumo de bienes de lujo y que por ello niveles más altos de renta deberían ponderarse menos.

En el primer **ID Humano**, la atenuación de los niveles más altos de renta se hacía por medios de dos mecanismos que han sufrido importantes modificaciones en el segundo **ID Humano**. En primer lugar, el corte fijado para considerar el nivel de renta, de manera que cualquier renta por encima de ese nivel no se tomaba en cuenta para el cálculo del IDH. Como criterio para efectuar el corte, se tomó el promedio del nivel de renta a partir de cual se entendía que se entraba en situación de pobreza en los 16 países más ricos. Cualquier país cuya renta per capita real se encontrara por encima de ese nivel, se le calificaba con el máximo a la hora de calcular el IDH. En el primer año, esto supuso que

37 de los 120 países lo superaran.

En la segunda versión del índice, se tiene en cuenta la renta por encima de ese nivel, pero se deflacta por medio de una fórmula (la fórmula de Atkinson para la utilidad de la renta<sup>4</sup>) que deflacta cada dólar en mayor proporción cuanto más alto es el promedio de renta. El PNB per capita de Estados Unidos sin ajustar es de 19.850 dólares, y ajustado se convierte en sólo 5.048 dólares. De esta manera los niveles más altos de renta promedio se toman en cuenta, pero con muy poco peso.

En el índice de 1990, incluso los niveles más bajos de renta se sometían a un fuerte procedimiento de atenuación, con su transformación a la escala logarítmica. En el índice de 1991 se abandona el procedimiento logarítmico y se incluye la renta sin ningún tipo de ajuste, en la parte que se encuentra por debajo del nivel de pobreza de los países desarrollados.

Es evidente que el procedimiento moderador adoptado para el índice de 1990, que producía el efecto de reducir la proporción entre la renta promedio del país más rico respecto al más pobre a una relación de 1.86 sobre 1 (lo que virtualmente eliminaba las diferencias de renta a la hora de calcular el índice), fue, con justicia, muy criticado. Ahora, que se ha producido el cambio, no hay necesidad de expresar ese criticismo. Baste con señalar que el procesamiento de los datos de la renta fue una de las principales razones para que apareciera la convexidad de la curva del IDH y que los cambios realizados en 1991 son la razón principal de porqué la curva en 1991 es marcadamente menos convexa que la de 1990 (ver Fig. 1).

Etapa 3: Incluir los resultados en educación (Línea 4, Fig. 3).

<sup>4</sup> Esta es  $W(Y) = \frac{1}{1-\epsilon} \cdot Y^{1-\epsilon}$ , donde W es el bienestar derivado del nivel de renta, Y, y el parámetro  $1-\epsilon$  representa el ajuste para la utilidad decreciente de la renta. El nuevo IDH aumenta  $\epsilon$  progresivamente con el aumento del nivel de la renta para que al límite la fórmula iguale el logaritmo del valor de la renta.

Otra tercera parte del valor del IDH lo constituye la medición cuantitativa de los resultados en educación. En el índice de 1990, en este concepto se consideraba sólo la tasa de alfabetismo de adultos. En la versión de 1991 se utiliza un índice estadístico compuesto de la tasa de analfabetismo (2/3 de ponderación) y el promedio de años de escolarización (1/3 de la ponderación). Aquí no se efectúa ninguna atenuación de los valores más altos y, al igual que en el caso de la renta, los datos se convierten a un rango entre 0 (el más bajo) y 1 (el más alto) y los datos se devalúan para conformar la tercera parte del índice final. Aun sin atenuación, los datos relativos al analfabetismo son mucho menos desiguales en la distribución internacional que los correspondientes a la renta. Los extremos de los niveles de alfabetismo se encuentran entre el 99.5 por cien y el 13.3 por cien, lo que significa un rango de 7.4 a 1. La introducción de los años de escolarización media al índice de 1991 tiene, sin embargo, el efecto de provocar una mayor desigualdad, que hace aumentar el rango entre 11.4 y 0.1. Esta es la segunda de las razones por las cuales el índice de 1991 muestra una distribución internacional más desigual que el de 1990.

Etapa 4: Incluir la esperanza de vida al nacer (Línea 5, Fig. 3).

El siguiente paso en el cálculo del IDH comprende la inclusión de los datos de la esperanza de vida. Se incluye este dato porque existen estimaciones del mismo en casi todos los países y porque se cree que resume correctamente diversos indicadores de salud, a la que se considera uno de los aspectos importantes del desarrollo humano en cuanto que una mejor salud posibilita a las personas un mayor abanico de elecciones. La distribución internacional de la esperanza de vida humana presenta un perfil muy claro. El rango se encuentra entre un máximo de 80 años para el caso de Japón y un mínimo de 42 años para Sierra Leona. Entre los dos extremos la distribución de la esperanza de vida es muy convexa. Desde los países más bajos asciende rápidamente y después mucho más lentamente. En otras palabras, es una variable que se distribuye con mucha mayor igualdad que la renta per capita, aun después de realizar el ajuste en esta última para atenuar sus valores extremos.

Los datos de la esperanza de vida, al igual que los de la renta y los logros en educación, constituyen una tercera parte del valor final del Índice de Desarrollo Humano. Al ser una variable que se distribuye igualitariamente entre los países, ejerce una gran influencia en el resultado final convexo de la curva representativa de la distribución del desarrollo humano entre los países.

**Etapas 5: Combinación** de las etapas 1, 2, 3 y 4 para producir el IDH.

Los tres elementos del índice tienen, cada uno, el peso de una tercera parte en el resultado final. Cada una de las tres series se procesa primero para producir un indicador de privación, a través de la siguiente fórmula:

$$\text{Índice para cada país} = \frac{\text{Valor máximo de la variable} - \text{Valor de la variable en el país}}{\text{Rango de todas las observaciones (es decir, Valor máximo - valor mínimo)}}$$

Para cada una de las tres variables, los países se clasifican entre 0 (el máximo, para aquellos países que no tienen ninguna privación) y 1 (el mínimo, correspondiente a los países con el máximo de privación). Un simple promedio de los tres datos de privación nos da el dato de privación total. El valor Índice de Desarrollo Humano es 1 menos el nivel de privación. En principio, el país que tenga los resultados menos favorables en cada una de las tres categorías, obtendría un resultado final de 0. Un país que haya conseguido los mejores resultados en las tres categorías tendría como resultado un 1. De hecho no hay ningún país que se encuentre en ninguno de ambos extremos. El rango en 1991 se halla entre 0.993 para Japón y 0.048 para Sierra Leona.

### **III. LOS RESULTADOS**

En la Fig. 1 se puede ver la distribución del IDH en las versiones de 1990 y 1991, y el

orden de los países, de acuerdo al índice, se plasma en el Cuadro 1. La Fig. 5 ofrece una imagen geográfica global de la distribución mundial del "desarrollo humano", mostrando los países con índice "alto" (mayor de 0.800), "medio" (0.500 a 0.800) y "bajo" (menor de 0.500). A primera vista se asemeja mucho a un mapa que refleje los niveles de renta per capita alto, medio y bajo, pero un examen más profundo permite ver las diferencias. En concreto destaca la presencia de unos 20 países generalmente considerados subdesarrollados, o que forman parte del Tercer Mundo, en la categoría "alta". Todos ellos se encuentran en América Latina o Asia.

La Fig. 2 muestra los países cuya posición en la tabla resulta más afectada al cambiar el criterio de la renta per capita por el IDH. Se aprecia que los países "socialistas" asiáticos experimentan avances significativos en la clasificación; al contrario de los países productores de petróleo, en los que se observa un descenso pronunciado. La Fig. 6 muestra en un mapa los países que han experimentado, en la tabla, cambios en su posición superiores a 10 puestos en más o menos. Hay que destacar que en América Latina sólo un país, Guatemala, presenta una caída significativa. Asimismo, en Asia al este de India solamente un país experimenta un fuerte descenso, Papúa-Nueva Guinea. Prácticamente todos los países que tienen fuertes descensos se concentran en Africa y en Oriente Medio, que parcialmente reflejan el modelo de países productores de petróleo. Los ascensos más pronunciados tienen lugar en América Latina, Africa del Este, Europa del Este, Asia y Australia.

#### **IV. LA BASE FILOSÓFICA DEL ÍNDICE**

La primera virtud del IDH es que es un índice que reconoce las múltiples dimensiones de cualquier proceso al que podamos definir como desarrollo. En lugar de índices que miden basándose en una sola variable, el IDH actual utiliza cuatro indicadores y promete introducir más. Si hacemos un repaso de todos los conceptos posibles de "desarrollo", es

claro que ningún indicador simple resulta capaz de recogerlo. Por ello, se necesita una combinación de indicadores.

La segunda virtud del IDH es que reduce la importancia de las mediciones normales de la renta per capita en la definición del desarrollo. Las numerosas críticas al tradicional índice de la renta per capita constituyen sin duda un rechazo contundente a sus pretensiones de medir el desarrollo en cualquier sentido que refleje cambios positivos en las vidas de los seres humanos.

El IDH no es el primer intento de elaborar un índice de "desarrollo" que resulte menos sesgado y menos economicista que los índices usuales, especialmente el PNB per capita. Pero tiene una ventaja sobre el resto de los índices y es que se ha construido con una gran cantidad de recursos, tanto intelectuales como estadísticos. Los compiladores han tenido a su disposición los enormes recursos de datos de las Naciones Unidas. Y la elaboración del índice fue precedida por un largo debate entre un grupo de prominentes pensadores del desarrollo que discutieron sobre el concepto que el índice pretendía medir, el desarrollo humano. El índice siguió al concepto y así el juicio que se haga sobre la utilidad del índice implica responder a estas dos preguntas: ¿es útil el concepto de desarrollo humano?; y, ¿es el índice una medición correcta del concepto?

La idea que se encuentra tras el desarrollo humano es que el cambio de las condiciones sociales y económicas es deseable si, y sólo si, se mejora la calidad de vida de los habitantes. Y la calidad de vida se interpreta como la ampliación de las oportunidades de los seres humanos sobre cómo vivir sus vidas. En cierto sentido, por tanto, se diseña para medir la libertad, entendida en un sentido amplio. En las dos versiones primeras del índice, se consideraron tres variables que tenían una relación positiva para la consecución de esa libertad: la duración de la vida, el nivel de educación y el nivel de renta.

Lo que probablemente se convierta en el análisis clásico de este concepto se encuentra en una notable serie de artículos escritos por Amartya Sen en los últimos años, que se



encuentran resumidos en un artículo titulado "El desarrollo como expansión de la capacidad"<sup>5</sup>. El punto de partida filosófico de Sen en este ensayo, es el argumento de Kant que ve a los seres humanos como fines en sí mismos, en lugar de medios para otros fines. Los seres humanos, en cuanto que son "los medios de producción primarios" se les considera a menudo como medios para alcanzar los fines de "producción y prosperidad". El rechazo de este planteamiento en favor de la posición kantiana no debiera verse en ningún caso como una propuesta alternativa basada en una medición subjetiva de la satisfacción o de la utilidad (noción básica de la economía tradicional del bienestar) según la cual, es posible "justificar" carencias reales, aduciendo que los desposeídos pueden sentirse subjetivamente felices. Sen propone el enfoque de la expansión de la capacidad (que también podría denominarse enfoque de la libertad) para medir el desarrollo, como una alternativa, tanto a la medición del bienestar subjetivo como a la idea de reducir el desarrollo a la producción de bienes y servicios.

El enfoque capacidad/libertad pone como objetivo prioritario la aptitud de los seres humanos para realizarse a sí mismos con las menores limitaciones posibles. Sen relaciona explícitamente esto con el concepto de Marx, en sus primeros escritos, del "ser humano no alienado", un concepto que Adam Smith, de manera menos explícita, también valoró. En cuanto a pensadores contemporáneos, Sen reconoce la semejanza entre el enfoque capacidad/libertad y el concepto de John Rawls de "justicia", que depende de una dotación de bienes primarios que incluye ingreso y riqueza, libertades básicas, poderes y prerrogativas de cargos y puestos de responsabilidad, las bases sociales de respeto y otros. Sin embargo, Sen considera el enfoque capacidad/libertad superior al de los "bienes primarios" de Rawls en cuanto que estos hacen referencia a los medios para conseguir la libertad, mientras que las capacidades son expresiones de las libertades mismas. Rawls quiere medir los medios más que la forma en que se usan esos medios para alcanzar

<sup>5</sup> Amartya Sen, "Development as capability expansion", en Keith Griffin y John Knight (eds.), Human Development and the International Development Strategy for the 1990s, Basingstoke y Londres: Macmillan y Naciones Unidas, 1990.

un concepto de libertad no impuesta por una norma sino que permita conseguir diferentes fines para gentes diversas. El enfoque de Sen también concede importancia a esto, pero argumenta que los bienes primarios de Rawls no son adecuados para medir la libertad porque no son capaces de medir hasta dónde la gente se halla dispuesta a utilizarlos para conseguir sus diversos fines. Rechaza algunas de las formulaciones de la estrategia de las necesidades básicas por las mismas razones. La forma de salvar este problema es buscar una medida que pueda reflejar tanto los logros como la libertad existente para elegir logros alternativos. Sen contempla indicadores como longevidad, ausencia de mortalidad y falta de desnutrición como indicadores de logros conseguidos y también, en algún sentido, como índices de libertad en cuanto que amplían las opciones de una persona o el tiempo en el que es capaz de ejercitar esas opciones.

Más adelante se analizará la cuestión de la adecuación de los indicadores para incluirlos en el índice. Mientras tanto hay que reseñar que la base filosófica para el desarrollo humano establecida por Sen es mucho más firme que la contenida en otros conceptos actuales de desarrollo. Equiparar desarrollo con crecimiento de la renta, tal como lo hace implícitamente el Banco Mundial y gran parte del pensamiento sobre el desarrollo, supone carecer de base filosófica alguna, ya que la renta es una categoría que suma el valor del armamento militar con los salarios de la policía secreta y los funcionarios de prisiones, los beneficios generados por las empresas tabacaleras y de otros productos cancerígenos junto con el valor del pan y los costos de los servicios médicos; todo ello para producir un único índice de desarrollo. Esta amalgama de actividades heterogéneas que satisfacen y niegan al mismo tiempo las necesidades humanas, algunas de ellas en el origen de importantes daños al medio ambiente, no es, desde una perspectiva filosófica, un punto de partida válido para configurar un índice de desarrollo. Otras nociones más complejas de desarrollo como la de "independencia", implícitamente propuesta por la teoría de la dependencia, se resiente de una falta de precisión sobre su posible significado en un sentido positivo. Así, el IDH se presenta como el índice de desarrollo actual de fundamentación conceptual más consistente.

Difiere fundamentalmente del concepto de desarrollo, implícito o explícito, que subyace en el núcleo de casi todos los distintos tipos de teorías del desarrollo formuladas en los últimos 50 años. Para prácticamente todas las corrientes de pensamiento, el desarrollo significaba aquello que existía en los llamados países desarrollados. El enfoque que enfatiza el crecimiento de la renta per capita, naturalmente equipara desarrollo con la realidad de los países de renta per capita más alta. El enfoque del comunismo tradicional en torno al desarrollo ha sido alcanzar y sobrepasar el de los países capitalistas. Por ello, el desarrollo fue entendido por ambas corrientes en una misma dirección. Incluso la crítica más radical del desarrollo capitalista proveniente de la teoría de la dependencia, ha definido, también, al desarrollo como aquello que tenía lugar en los países "desarrollados", como opuesto al subdesarrollo, que es lo que se produce en los países "subdesarrollados". Ninguna de estas teorías propone un pretendido objetivo o destino diferente de las actuales condiciones de los países capitalistas "desarrollados".

El método del IDH propone una definición, que no se base en lo ocurrido en los países "desarrollados", sino que parta de criterios que no tienen porqué ser los que caracterizan a esos países. El nivel de renta per capita (en su versión PPA) tiene poco efecto sobre el valor del índice cuando es superior a niveles relativamente bajos de renta (aunque tiene más influencia en la segunda versión que en la primera, como se ha dicho antes). Y no hay, en principio, ninguna razón para que otras variables del índice sean precisamente aquellas cuyos valores sean muy elevados en los países "desarrollados". Todo depende de la elección de las variables. Mas adelante volveremos a tratar este punto. Por tanto, el IDH representa una considerable desviación de las nociones previas relativas a la medición del desarrollo, desde el momento en que propone una definición de desarrollo que no tiene que ver con el "desarrollo" de los países más ricos. Esta definición, por lo menos en el enfoque de Sen de capacidad/libertad, no consiste en una serie de logros o resultados empíricos.

Llegados a este punto, hay que decir que la traducción de un índice, que refleje una potencialidad o capacidad (capacidad/libertad) a una medición cuantitativa objetiva, es

extremadamente difícil. De hecho, sin tener en cuenta la disponibilidad de los datos, resulta muy difícil imaginar, en principio, un indicador que no sea una medición de un resultado empírico actual. Por tanto, el problema se convierte en la selección de indicadores de resultados que no excluyan otros posibles resultados ( y así violar el principio de medir la libertad, que presupone la existencia de alternativas), en otras palabras, un resultado que sea al mismo tiempo un índice de libertad/capacidad.

## **V. LA ADECUACIÓN DE LOS INDICADORES**

### **1. Indicadores ausentes**

Como ya hemos visto, el índice intenta medir tres elementos de la libertad/capacidad humana: la renta (hasta un determinado nivel), la educación y la salud. No cabe duda que habría un consenso, entre quienes se preguntan cuáles puedan ser los componentes de la libertad/capacidad humana, en incluir estos tres elementos como parte de las condiciones necesarias para poder ejercitarla. La renta no tanto por ella misma, sino en cuanto permite acceder a las necesidades básicas vitales así como a otros bienes y servicios que ayudan a realizar el potencial humano. La educación, en cuanto permite acceder a la cultura. Y la salud, porque posibilita a la gente desarrollar su vida sin los inconvenientes y limitaciones de las enfermedades.

Hay otro elemento que no se incluye en el índice pero que con toda seguridad merece por lo menos igual consideración que los tres anteriores: la existencia de una libertad política y social -la libertad de opinión, de expresión, de movimiento, de control del cuerpo y de la sexualidad, la ausencia de discriminación por nacionalidad, raza, sexo, estado físico, etc. Los autores del informe aceptan, evidentemente, este punto de vista, que se pone de

manifiesto con su extensa disertación sobre los índices de libertad. Es mucho más difícil encontrar una variable satisfactoria para este caso que para los otros tres. El **ID Humano** de 1991 presenta un Índice de Libertad Humana, que es un nuevo cálculo más simplificado del índice elaborado por Charles Humana en su **The World Guide to Human Rights**<sup>6</sup>. Sin embargo, no se incluye en el IDH, pero se utiliza para elaborar una clasificación aparte. Hay muchas razones prácticas para ello, incluyendo el problema de la subjetividad en la compilación del índice y que sólo existen datos comparables en esta forma para 88 de los 160 países cubiertos por el IDH. Pero la falta de un indicador de libertad social y política en el IDH supone que, tal y como está, el índice queda incompleto en cierto sentido. En el **ID Humano** de 1992, los autores se distancian totalmente de las posiciones de Humana, supuestamente debido a las protestas de los gobiernos de los países que

Humana critica. Con ello, el IDH se aleja cada vez más de lograr incorporar al índice los derechos políticos y humanos.

Y ello lleva, quizás, a una contradicción más importante entre lo que se propone y lo conseguido hasta ahora por el índice. La intención es elaborar un índice de libertad y capacidad. Incluso la lista de países cuya posición en la clasificación del desarrollo humano mejoró en el último año, a duras penas, por decirlo de la manera más suave, puede afirmarse que sea representativa de los países donde hay o ha habido recientemente suficiente libertad: China, Sri Lanka, Vietnam, Myanmar, Chile, Albania, Guyana, Madagascar. Con una o dos excepciones, aparece más bien como una lista que contiene algunos de los países más opresores de los últimos años. Naturalmente, pudiera argüirse que cualquier lista que contenga ocho países de nuestro mundo forzosamente tenga alguna referencia a la opresión política. Sin embargo, el hecho de que actualmente el índice no castigue la falta de libertad política es importante. Aun así, la libertad política no pertenece a la misma clase de los indicadores incorporados al IDH: la libertad política es

<sup>6</sup> Charles Humana, The World Guide to Human Rights, New York: Facts on File, 1986.

algo que, en algún sentido, puede cambiar muy rápidamente mientras que las demás variables del índice definen, con mayor probabilidad, el nivel de un país para un plazo de mayor duración.

La otra carencia, de nuevo pensando en términos del paradigma libertad/capacidad, es la absoluta falta de referencia a las condiciones de trabajo y a la disponibilidad de tiempo libre. El tiempo dedicado a las tareas laborales sería seguramente un indicador de libertad, siempre que las demás condiciones permanezcan inalteradas, de forma que se tuviera la posibilidad de cambiar el trabajo de acuerdo a las preferencias y capacidades de cada persona, de organizar sindicatos, de hacer huelgas, negociar salarios y condiciones de trabajo y otras similares. Mientras que el Informe de 1991 contiene una larga discusión sobre el índice de libertad humana, que incluye variables de todas las libertades políticas, hasta el presente no existen indicios de que los autores del informe tengan previsto añadir algo sobre condiciones, derechos y jornada laborales. En este sentido, es importante señalar que las únicas libertades relevantes incluidas en el índice de libertad humana sean la libertad de asociación y la libertad de crear sindicatos independientes.

## **2. El balance de los tres componentes del IDH**

Detrás de todo índice compuesto por diferentes elementos se encuentra la presunción de que los cambios que se producen en uno de los elementos pueden compensarse con los cambios, en dirección contraria, que se dan en algunos de los otros componentes. Si analizamos un ejemplo de una compensación de estos cambios, que deje el valor final del índice inalterado, se pueden comprobar los posibles problemas que presenta un índice compuesto. Imaginemos dos países con la misma renta per capita pero que difieran radicalmente en relación a los otros elementos del índice. Así, en uno de ellos, la tasa de alfabetismo alcanza el máximo, el cien por cien de habitantes que leen y escriben, mientras que la esperanza de vida se encuentra al mínimo mundial, 43 años. En el otro, se dan las características contrarias, la esperanza de vida es muy alta, 80 años, y la tasa

de alfabetismo es muy baja, sólo un 11 por ciento. El IDH de estos dos países alcanzaría valores idénticos. Se puede dudar si hay quienes se quedarían indiferentes ante las implicaciones humanas que supone una elección entre una sociedad alfabetizada en la que la gente muere joven y una sociedad de sobrevivientes que no saben leer. Parece lógico pensar que, de realizarse una encuesta, el resultado arrojaría una abrumadora mayoría a favor de lo último.

Este problema se genera, bien por la elección de las variables, por ser insuficientes o equivocadas, o bien por los pesos relativos otorgados a ellas a la hora de compilar el índice. Para ser justos, hay que reconocer que los autores del Informe son muy conscientes de este problema. Dicen que en los próximos años introducirán más variables, con lo que se tendrán que cambiar también las ponderaciones de cada elemento del índice. Mantienen que la selección inicial de las variables vino dictada en parte, mas por la disponibilidad de estadísticas que pudieran compararse internacionalmente, que porque las elegidas fueran, en sí mismas, las más idóneas. A pesar de esta disculpa, el Informe contiene una gran número de otras variables que podían haberse elegido y para las que parecen existir datos que permiten hacer una comparación internacional. En algunos casos, los autores han estimado o supuesto valores para las variables elegidas, principalmente con los datos de la renta ajustada en PPA, cuando para éstas no había valores disponibles en todos los países. Así, pues, la disculpa no es del todo convincente para que sirva de justificación por las variables elegidas.

### **3. El indicador de la renta**

El primero de los indicadores incluidos en el IDH es la renta per capita, atenuada, como se ha visto antes, a partir de un determinado nivel, -el correspondiente al que disfruta el 40 por cien más pobre de los países de altos ingresos-, y compara los niveles de renta entre países no por medio de los tipos de cambio sino utilizando las estimaciones de la

paridad del poder adquisitivo (PPA), elaboradas por el Proyecto de Comparación Internacional de Naciones Unidas.

En principio, si se piensa utilizar el PNB como medida de bienestar, es evidente que debiera calcularse en términos de paridad del poder adquisitivo y no con los tipos de cambio vigentes. Pero mientras los cálculos con los tipos de cambio son comparativamente fáciles de realizar en la mayoría de los casos, no sucede igual con la paridad del poder adquisitivo, que exige estudios extensos para conseguir índices de precios satisfactorios. El problema de introducir un índice de precios no añade, en principio, nada nuevo a los problemas con que se enfrentan las estadísticas de la renta nacional, en cuanto que toda comparación real contiene un índice de precios en forma de un deflactor de la renta nacional. Añadir un índice de precios extra, sin embargo, agrava el problema y requiere la compilación de índices que tengan en cuenta las principales diferencias de los modelos de consumo entre las sociedades. La elección de las ponderaciones para elaborar el índice plantea nuevos problemas. Sobre esto se han tenido discusiones amplísimas entre los numerosos economistas que han trabajado el tema de las comparaciones a través del PPA.

Sin embargo, no resulta fácil tener una gran confianza en algunos de los resultados que presentan los tres informes sobre el desarrollo humano realizados hasta el momento.

La Fig. 4 presenta una imagen global de la transformación de la distribución mundial realizada según las estimaciones del PPA. La Fig. 7 ofrece más detalladamente los países que ven cómo su nivel estimado de renta según el PPA, se eleva tres o más veces que en la medición hecha por el PNB per capita. Resulta chocante que la gran mayoría de los países que quedan fuertemente minusvalorados con los datos de renta medidos en dólares sean países asiáticos, aunque la mayor infravaloración ocurre en los casos de Mozambique y Somalia, donde sus datos de renta medidos en dólares ajustados al PPA son, respectivamente, once y ocho veces mayores que los correspondientes en dólares, diferencias que, realmente, se hacen difíciles de creer. La diferencia, sin embargo, es amplia en los casos de otros países africanos. Pero las diferencias mayores se dan en las pobladas naciones asiáticas, siendo China el caso más espectacular. La diferencia para



China significa que, en base a una proyección de sus recientes tasas de crecimiento, en el año 2.000 sobrepasaría a Estados Unidos en términos de valor total de su PNB. Los pocos países que tienen estimaciones realizadas por el PPA por debajo de su renta en dólares son, en su mayoría, países ricos desarrollados o pequeños países del Tercer Mundo productores de petróleo. Para Estados Unidos las dos estimaciones son, por definición, idénticas<sup>7</sup>.

La relación del país más rico con el país más pobre se reduce de 142 a 1 a 80 a 1. Para considerar los casos extremos en los que las estimaciones producen cambios mayores, la relación entre Suiza y China pasa de ser 73 a 1, a una relación de 7 a 1. Entre Suiza y Mozambique, de 275 a 1 se convierte en una proporción de 16 a 1. Esto es lo mismo que decir, en términos de tipos de cambio normales, que los precios en Suiza son diez veces más altos que los precios en China o 17 veces mayores que los de Mozambique. Según las tasas recientes de crecimiento de la renta per capita de China, este país alcanzaría los niveles de Suiza en 80 años de acuerdo a la medición usual en dólares, pero en sólo 37 años lograría igualarla de acuerdo al enfoque en PPA. El cambio en la forma de realizar las estimaciones permite a China dar un salto de 43 años de su historia económica.

Según los datos en dólares, el promedio de renta mundial era de 3.410 dólares. Los países cuyas rentas per capita se hallaban más cercanas a este promedio mundial eran Trinidad y Tobago, Venezuela, Corea del Sur y Portugal. Uruguay, Brasil, México y Chile se hallaban por debajo del promedio. Según los datos medidos en PPA, el promedio mundial pasaba a ser de 4.340 dólares, siendo Argentina, Costa Rica y Siria los países que

presentaban una mayor cercanía al mismo. Uruguay, Brasil, México y Chile se encontraban, todos ellos, por encima del promedio.

<sup>7</sup> Cálculo basado en Angus Maddison, The World Economy in the 20th Century, Paris: OCDE Development Centre, 1989.

Un cálculo primario del coeficiente de Gini de la distribución de la renta mundial, da como resultado un 0.68 para la distribución en dólares y un 0.46 para la distribución de acuerdo al PPA. Una diferencia mayor que la que se daría entre la distribución equivalente al cambio entre la distribución interna de Jamaica, más desigual que la de Brasil, y la distribución interna de Hong Kong, casi como la de Corea del Sur.

Estos cambios son tan básicos y producen una transformación tal de la visión de la realidad, que es casi obligado que los compiladores del informe los discutan y expliquen las razones que les han llevado a aceptar unos resultados tan espectaculares. Todavía se da, de hecho, una aceptación casi acrítica y no se ve un intento en el Informe de explicar porqué las estimaciones basadas en la PPA presentan una diferencia tan grande para algunos países y no en otros casos. Por lo que hemos aprendido del informe, se podía pensar que no son diferencias reales sino simplemente el resultado de unas estadísticas más fiables.

Hay muchas cuestiones en torno a estos datos que requieren un mayor estudio y discusión antes de aceptarlos como realmente válidos. La primera es el modelo de diferencias entre los países. ¿Tiene alguna lógica económica que la renta de China y Pakistán se hallen mucho más subestimadas que los países latinoamericanos según los datos del PNB en dólares? Parte de las diferencias pudieran explicarse por la importancia relativa de los bienes y servicios comercializables en el cálculo de la renta nacional, que es muy elevada en los países cuya renta en dólares es más alta que la renta ajustada con el PPA. Pero todavía se hace difícil encontrar una evidencia de que sea así. Por ejemplo, no existe la más mínima correlación entre la parte de las exportaciones en el PNB y la diferencia entre las dos estimaciones del PNB. Se da una evidencia algo mayor de correlación entre el grado de diferencia y el nivel del PNB per capita: las diferencias mayores son para los países más pobres. Pero lo que explica las diferencias es que el cálculo del PPA es algo más que un ajuste técnico que sirve para facilitar la comparación entre países, que es lo que sugiere el Informe. Supone un cambio que produce una visión radicalmente diferente de la distribución de la renta en general y de los niveles relativos de renta en países

concretos. Algunos de estos cambios son difíciles de aceptar y no se puede estar satisfecho con el PPA, ni en su teoría ni con su práctica.

#### **4. El indicador de la salud**

El IDH utiliza un simple indicador de salud, la esperanza de vida al nacer. La justificación para hacerlo así, es sencilla: en tanto una persona vive, tiene la posibilidad de tomar algunas decisiones, mientras que la muerte, por definición, no le permite ninguna, a menos que se crea en el paraíso que, presumiblemente, se caracterizaría como la situación de máximo desarrollo humano para todos sus habitantes.

Aunque en la práctica puedan parecer marginales, con el indicador de longevidad se pueden presentar algunos problemas en el terreno meramente filosófico. Uno de ellos, es que, muchos millones de personas mueren antes de lo que quisieran y otras personas pueden llegar a vivir más de lo que desean. En los países avanzados, muchos pacientes hospitalizados ven alargadas sus vidas por la moderna tecnología médica, y a menudo, aún sin quererlo directamente ellos mismos. Virtualmente funciona una prohibición universal de la eutanasia y del suicidio. Podría decirse que esto supone una reducción de la libertad, aunque naturalmente, una vez que se ejercita la libertad particular, en este caso supone la extinción, no sólo de ella misma sino de todas las demás libertades que pudieran desarrollar esa persona.

Con la utilización de la esperanza de vida, se presentan otros problemas, tal vez más pertinentes. Por un lado, tiene una gran incidencia en el modelo de distribución internacional del desarrollo humano. La esperanza de vida es una variable que se encuentra muy igualitariamente distribuida en un nivel cuantitativo, sobre todo si se la compara con la renta per capita. El rango de valores entre países es menor que la relación 2 a 1, así Sierra Leona tiene la esperanza de vida más baja del mundo, 42 años, mientras que la más elevada corresponde a Japón, 80 años. Y los valores más altos se acercan

asintóticamente a los 80, lo que sugiere la existencia de un máximo que cada vez resulta más difícil de superar. El modelo resultante se puede apreciar claramente en la Fig. 8. La relativa igualdad de esta distribución va a tener un efecto importante en el modelo de distribución del desarrollo humano, tal como lo considera el Informe.

La distribución relativamente igualitaria del indicador de la longevidad puede ser muy equívoca. Los autores arguyen que la distribución, tan extremadamente desigual, del indicador de la renta per capita, provoca confusión como un indicador del desarrollo humano porque la renta para los relativamente más pobres supone más en términos de desarrollo humano que la misma cantidad de renta para aquellos más ricos. Así se atempera la desigualdad devaluando de manera progresiva los niveles más altos de renta. Pero seguramente hay variables que presentan las características opuestas, es decir, que las diferencias cuantitativas minusvaloran, más que sobrevaloran, la desigualdad real subyacente de la capacidad o libertad humana. Una de las que se dispondría de datos es el consumo de calorías. Los países mejor alimentados tienen "sólo" dos veces más suministro de calorías disponible que los países peor alimentados. Esta desigualdad es mucho menor que la que ofrecen la mayoría de los demás indicadores económicos. Pero sus efectos son mucho más radicales, equivalen a la diferencia que hay entre una vida saludable y la muerte por inanición. Tiene que haber seguramente un caso teórico, por tanto, que permita utilizar un "antilogaritmo" o un procedimiento de estiramiento, de alargamiento sobre el indicador de las calorías disponibles, análogo al procedimiento de atenuación realizado para la renta, de manera que se pueda ajustar, en sentido contrario, y así hacer más real la utilización del indicador.

Lo mismo podría hacerse extensivo, de alguna manera, al indicador de la longevidad: la diferencia entre tener una esperanza de vida de 40 años y una de 80 años es más que tener la mitad o dos veces más de algo que tienen otras personas. El valor cualitativo de un año de vida es seguramente diferente según los contextos. Una vida más larga no es sólo tener más del mismo bien: permite a una persona tener una relación completamente diferente con su familia, su profesión y otras muchas cosas. La perspectiva de una vida más larga,

algo generalmente deseado por la comunidad en su conjunto, implica muchas más diferencias que simplemente lo que pudiéramos llamar más del bien "años de vida". En un caso extremo, una comunidad cuya esperanza de vida fuera muy baja desaparecería pronto en cuanto la proporción de la población apta para reproducirse resultara insuficiente. Es un caso análogo al que se da cuando la disponibilidad de calorías es baja. La conclusión de este argumento es que la igualdad relativa de la distribución de la variable de la longevidad no se corresponde realmente con el grado de igualdad en la libertad que la vida ofrece.

Otro de los problemas que presenta este indicador tiene que ver con la compilación del IDH. Sin embargo, si consideramos sólo este indicador, independientemente de la manera que lo usa el IDH, el problema se hará más claro. Actualmente la esperanza de vida más alta en el mundo corresponde a Japón y es de unos 80 años. Parece que nos estamos acercando a un máximo biológico, ya que hay un gran grupo de países que se aproximan a este nivel y la tasa a la cual crece el nivel máximo, va descendiendo. De hecho, lo que ocurre es que se está alcanzando un máximo biológico teórico, porque se han eliminado enfermedades mortales ligadas al subdesarrollo, si bien, al mismo tiempo, aparecen otras nuevas enfermedades mortales asociadas a la dieta y al modo de vida característicos del desarrollo. El resultado neto es un aumento de la longevidad, pero en menor medida de lo que podría aumentarse si el modo de vida asociado con el desarrollo fuera más saludable. Podemos asumir, por tanto, que el máximo real biológico de la longevidad promedio es más alto que el actual nivel de la mayoría de los países desarrollados, que será difícil de alcanzar sin un cambio radical en la naturaleza de las sociedades desarrolladas. En el actual IDH, para considerar el máximo valor del indicador de esperanza de vida, se toman unos determinados niveles altos ya conseguidos y no un máximo biológico real; es decir, no se toman en cuenta los efectos negativos del desarrollo sobre la salud, lo que no deja de ser una carencia del índice, como lo analizaremos más tarde.

Habría que hacer notar que esta variable no es la única que se podría haber elegido en

relación a la salud. En la Fig. 8. puede verse la forma de la distribución internacional de otras tres variables de salud: mortalidad infantil, mortalidad materna y la relación médico/población. Todas ellas presentan una distribución más desigual que la de la esperanza de vida, de hecho se encuentran entre las distribuciones más desigualmente distribuida de todas las variables sociales y económicas. El Informe no ofrece un argumento suficiente para explicar porqué la esperanza de vida fue la variable seleccionada para representar los logros de salud en el índice. Pero la forma final del índice se va a ver muy afectada, y quizás engañosamente, por esa elección.

## **5. Los indicadores de la educación**

En su segunda versión, el IDH usa dos indicadores del nivel de educación: la alfabetización de adultos y los años de escolarización. Esta elección parece correcta en un determinado nivel. Es más difícil que en el caso de la salud encontrar indicadores alternativos que puedan reclamarse como más idóneos. Ambas variables tienen una relación clara con la libertad y la capacidad. Es evidente que la alfabetización y las habilidades adquiridas en la escuela son básicas para acceder a una mayor cultura y a otras muchas posibles actividades y realizaciones en la vida, aun cuando ciertos aspectos de la educación formal, en la práctica, sean destructivos de la cultura y la libertad e independencia del pensamiento.

A diferencia del caso de la renta, las variables no se ajustan en la compilación del índice, lo que significa que un año de escolarización tiene el mismo impacto sobre el índice sea cual sea el total. Pudieran darse, sin embargo, algunos casos en los que fuera necesario atenuar el valor de más años de escuela en cuanto que, en los países desarrollados, los últimos años de escuela tienen, a veces en la práctica, un significado más ambiguo. Los contenidos que se aprenden a menudo decaen y la escuela se resiente porque muchos de los que acuden a ella la ven como una imposición. Los profesores se quejan cada vez más porque se convierten en guardianes de una prisión. Esta es una característica de los

sistemas que presentan un número alto de años obligatorios de escolarización y pueden considerarse como el equivalente de las enfermedades que se señalaban en la sección anterior como asociadas al desarrollo.

Un proceso de atenuación, sin embargo, anularía alguno de los efectos que esta variable produce sobre la distribución del desarrollo humano. Los años de escolarización constituyen una variable desigualmente distribuida en el mundo, más que la alfabetización, y su inclusión en la segunda versión del índice es una de las dos cosas que han hecho incrementar la desigualdad en la distribución del IDH.

## **VI. LA DESIGUALDAD Y EL IDH**

A la hora de hacer una valoración del IDH, la cuestión de la desigualdad debe tenerse en cuenta de dos maneras: la primera, en lo que dice sobre la desigualdad entre las naciones; y la segunda, cómo trata la cuestión de la desigualdad interna dentro de cada país.

### **1. La desigualdad entre los países**

El primer Informe del Desarrollo Humano decidió dar un especial relieve a la cuestión de la distribución internacional, lo que ya se refleja incluso en el diseño de la portada de su publicación que recoge un gráfico, del primer capítulo, en el que se observan dos diferentes distribuciones de los países del mundo; una, la del PNB per capita, y, otra, la del IDH. Como se vio en la Fig. 1, la segunda presenta una distribución mucho más equitativa que la primera.

Según esto, ¿habría que concluir que la desigualdad entre los países es menor de lo que

normalmente se piensa? No dejaría de ser una conclusión un tanto irónica de los planteamientos del Informe, ya que su pensamiento sintoniza mucho más con quienes destacan la injusticia y la falta de equidad de la estructura internacional, que con el Banco Mundial, cuyos datos suelen utilizar, paradójicamente, aquellos que quieren demostrar la extrema desigualdad de la distribución del ingreso mundial.

De hecho, podría parecer que el primer **Informe DH** hubiera cometido un error táctico al recalcar esta diferencia, porque con ello desvía la atención de las conclusiones realmente importantes del Informe. Esta presentación de la diferencia entre la distribución de la renta y la del desarrollo humano parecía sugerir que el Informe hubiera descubierto algún dato nuevo sobre el mundo, que dejaba sin efecto el "viejo" dato de la extrema desigualdad. Pero no ha sido así. El Informe no ha descubierto ningún nuevo dato capaz de demostrar que hoy el mundo sea más igualitario de lo que siempre se había pensado. Sólo ha elaborado un índice mediante un método que hace que el mundo parezca estar más igualado. Pero las dos formas de desigualdad representadas por las dos curvas, la del PNB per capita y la del IDH, no se pueden comparar entre sí por una serie de razones.

Primero, los autores del IDH han preferido realizar las comparaciones de renta en términos de PPA en lugar de utilizar los tipos de cambio para hacer la conversión. En cierto sentido, se trata de un nuevo descubrimiento, ya que es una de las primeras aplicaciones de los resultados proporcionados por el Proyecto de Comparación Internacional de las Naciones Unidas y que reduce algo la desigualdad en la distribución de la renta mundial. Pero, además, decidieron atenuar los niveles más elevados de renta, por considerar que no representaban por sí mismo una mejora tan deseable como pudiera parecer a primera vista. Con estos cambios, el mundo es menos desigual únicamente porque los propios autores del índice decidieron que debía aparecer menos desigual.

Además, se añaden otras variables cuyas distribuciones presentan un grado de igualdad mayor que el de la renta. Al menos en el caso de la salud, se eligió una variable con una distribución mucho más equitativa que otras posibles variables alternativas. De este modo,



en lo que respecta a este caso, el que se de una mayor igualdad es el resultado de una consciente selección de una determinada variable, aunque la intención no fuera, precisamente, producir un efecto de aparentar mayor igualdad.

Con un índice compuesto de: una variable, como es la alfabetización, cuyo valor máximo insuperable, el cien por cien, ya se ha alcanzado más o menos en varios países; una segunda variable, la esperanza de vida, que tiene un máximo biológico socialmente restringido y difícilmente superable, que ya han alcanzado muchos países; y una tercera variable, la renta per capita atenuada, en la que los incrementos por encima de determinados nivel apenas influyen significativamente en el índice, es casi matemáticamente seguro que el índice resultante ofrezca una distribución aparentemente mucho más igualitaria que la de la renta per capita, en la que no hay ningún límite a los ingresos. No se puede evitar tampoco que, analizando los cambios históricos del índice, se deduzca una progresiva reducción de la desigualdad, en lugar de un aumento de la desigualdad, como se concluye de la evolución de la renta per capita.

La yuxtaposición de estas dos distribuciones que tanto contrastan es, evidentemente, intencional por parte de los autores del Informe. Con ello se quiere reducir la importancia de los niveles altos de renta de cara al logro de objetivos realmente humanos. Pero, sin embargo, se pueda dar otra impresión, la de que el mundo es menos desigual y, por eso, quizá menos injusto de lo que uno puede suponer. En cualquier caso, la yuxtaposición no resulta muy adecuada porque, como se ha señalado, la naturaleza de ambas distribuciones las hace imposibles de comparar. Así que, a pesar de esa presentación enfrentada, hay que dejar claro que el Informe respalda sólo aparentemente, pero no verdaderamente, la idea de que el mundo resulta más equitativo y justo de lo que se deduce de los datos del Banco Mundial.

La atenuación modificada en 1991 de la variable de la renta real da como resultado una relación de 14.5 para la renta más alta frente a 1 para la renta más baja, mientras que con el procedimiento seguido por el Informe en 1990 esa misma relación se reducía a 1.8

frente a 1. Por supuesto, todavía es mucho menor que la relación 57 a 1 que resulta de comparar el PNB en términos de paridad del poder adquisitivo del país más rico y el más pobre, sin hablar de esa relación para el caso del PNB per capita medido en dólares que se eleva a 179 frente a 1. Ya que el procedimiento de atenuar la renta reduce la desigualdad internacional de manera tan significativa, es necesario examinar la justificación del por qué aplicar ese método.

A favor de realizar el ajuste en la renta se puede argumentar que, a causa de la utilidad marginal decreciente de la renta, ofrece una imagen más apropiada del bienestar relativo entre los países y, por tanto, también de la distribución internacional del bienestar. Por tanto, se hallaría más cerca de la realidad. En segundo lugar, constituye la base de un argumento en favor de la redistribución mundial del bienestar. Tal como lo mide el índice,

el desarrollo humano total del mundo aumentaría si, por ejemplo, se redistribuyeran 100 dólares del ingreso que percibe Suiza hacia una persona de cualquier país africano.

No obstante, cuando se ajustan los datos y se convierte la renta en una medida implícita del bienestar, también se pierde algo: la medida de desigualdad que proporciona la distribución a escala normal de la renta. Después de todo, con 100 dólares suizos medidos en PPA se podría comprar en Suiza lo mismo, en principio, que lo que se puede adquirir con 100 dólares, asimismo en PPA, chinos en China. El argumento del bienestar se pierde a favor de la distribución a menos que comparemos la distribución de la renta con la distribución del bienestar. Si uno se convierte dentro del otro, el mundo parece más equitativo y con ello desaparece la base del argumento de la redistribución, porque se puede decir que la redistribución ya se ha hecho estadísticamente con el procedimiento del ajuste. Como no hay ninguna autoridad mundial encargada de maximizar el total de la renta mundial ajustada, existe el peligro de que con este procedimiento el argumento de la redistribución se debilite en vez de reforzarse.

Hay algo todavía más difícil de captar que el bienestar representado por la renta relativa

per capita, y es el poder económico. La desigualdad económica internacional no se debe sólo a la desigualdad en la renta y el bienestar, sino también a la desigualdad del poder nacional. Los países ricos no sólo son más ricos sino que también tienen el poder de mantener que las cosas continúen tal como están. Es muy difícil decir qué índice podría ser el apropiado para medir este aspecto de la desigualdad del mundo aunque, tal vez, la renta convencional pudiera ofrecer alguna pista al respecto. Sin embargo, esto se pierde totalmente con el IDH. Los autores del Informe podrían argumentar con cierto derecho que no intentaban crear un índice que midiera el poder internacional. Sin embargo, tiene alguna relación con lo que intentaban conseguir, ya que la jerarquía de los países afecta, por medio de caminos muy complejos, a la libertad individual relativa de sus habitantes, que es precisamente lo que el IDH pretende poner de manifiesto. Sin embargo, la distribución del poder de las naciones casi ni aparece en el Informe. Se podría discutir ahora si se trata de una decisión consciente de los autores o una consecuencia inevitable de sus orígenes institucionales, ya que las Naciones Unidas dependen, para su financiación, de los países más ricos.

Al darse cuenta de estos múltiples inconvenientes, los autores del Informe de 1992 echan marcha atrás y retoman los datos internacionales de distribución de acuerdo a la medición tradicional del PNB por persona. Así, de alguna manera, el IDH deja de ser protagonista del Informe y se presentan los datos del PNB con mucha más atención y casi como si fuera un descubrimiento reciente. Y como última ironía, la portada del informe de 1992 vuelve a insistir en la validez de la famosa curva de desigualdad, implícitamente rechazada en el **ID Humano** original. Es de esperar que los futuros informes tengan nuevas cosas que decir; pero en el caso del último, da un poco la impresión de que se ha llegado al final de un camino.

## **2. La distribución dentro de cada país**

Las comparaciones de la renta en PPA no resuelven por sí mismas uno de los problemas

básicos de las cifras habituales de la renta nacional: el hecho de que el PNB per capita no ofrece ninguna información sobre la distribución puede resultar un tanto engañoso como guía del nivel de vida típico en comparación con el nivel de vida estadísticamente medio. Así que, ayuda muy poco a superar esta limitación de las cifras convencionales del PNB. Naturalmente, los autores son muy conscientes de este problema, ya que su enfoque exige que se tenga en cuenta la distribución. La utilización de las estadísticas del PNB per capita como parte del índice indican, efectivamente, muy poco sobre el desarrollo humano si no tienen en cuenta, de manera específica, la distribución. Tal como están las cosas actualmente en el índice, un país puede llegar a un nivel de renta media en el que los incrementos futuros del IDH se atenúen mucho, aunque la inmensa mayoría de sus habitantes pueden encontrarse bastante alejados de ese nivel. Por eso, es lógico que el Informe haga un par de intentos preliminares e interesantes para superar esa limitación y para que las cifras nacionales reflejen mejor la influencia de la distribución.

El primer intento consiste en ponderar las cifras del PNB per capita por medio de un indicador de distribución de la renta personal, de modo que, para países con mucha desigualdad, se reduzca relativamente la cifra y se aumente relativamente la de países con poca desigualdad. En la Fig. 9, aparecen cuatro países presentados de acuerdo a dos criterios. Primero, según el PNB per capita en el eje de la izquierda, y, segundo, según el PNB per capita ajustado al PPA ponderado por  $(1 - \text{Coeficiente de Gini})$  en el eje de la derecha. El resultado de este ejercicio, realizado en el Informe de 1990, es precisamente invertir la clasificación de los cuatro países.

Si hiciéramos este ejercicio con todos los países, se producirían grandes cambios en el orden de su clasificación. En base a los resultados del limitado número de países para los que se han conseguido reunir datos sobre su desigualdad interna, podríamos suponer que los países asiáticos se beneficiarían de este ajuste estadístico, al igual que suelen beneficiarse de los cálculos de la renta nacional en PPA. Los países de América Latina perderían, lo que reduciría un poco la desigualdad entre los países del Tercer Mundo. Pero también se reducirían los cálculos de la renta para los países africanos, lo que aumentaría

las diferencias dentro del Tercer Mundo, sobre todo en el extremo inferior de la distribución. Puesto que las cifras para la distribución de la renta pueden sugerir que los países desarrollados con una renta elevada tienen un nivel relativamente bajo de desigualdad, el método contribuiría también a aumentar la diferencia entre los países desarrollados y no desarrollados en su totalidad, lo que neutralizaría parcialmente el efecto igualador de la utilización de las comparaciones en base al ajuste PPA.

El Informe de 1991 hace un esfuerzo más sistemático para generar un IDH sensible a la distribución interna. Este esfuerzo lo hace para 53 países para los que existen estudios sobre la distribución, a pesar de que algunos se hallan un tanto desfasados por referirse a datos un tanto atrasados en el tiempo. La Fig. 10 también sugiere que, aunque dispusiera de más cálculos, habría que tratarlos con muchísima cautela, ya que las diferentes maneras de calcular la desigualdad producen resultados distintos. El cuadro del Informe presenta dos indicadores de desigualdad en la renta personal: el coeficiente de Gini y la relación entre los ingresos del 20 % más rico y el 20 % más pobre de la población. Ambos indicadores se encuentran disponibles para 14 países. En el Informe se sostiene que ambos tienen una buena correlación y que existe un coeficiente elevado de correlación entre el coeficiente de Gini y el logaritmo de la relación ricos-pobres. El Informe utiliza esta regresión para calcular probables coeficientes de Gini de la relación ricos/pobres;

posteriormente, se utilizan estos coeficientes estimados de Gini para calcular el IDH sensible a la distribución.

Lógicamente, el logaritmo de la relación ricos/pobres debería de ser altamente correlacionada, ya que el coeficiente de Gini es un número restringido (0-1), mientras que la proporción ricos-pobres puede variar de 1 al infinito. No obstante, la correlación lleva a los autores a lo que parece ser una conclusión más bien optimista respecto a los problemas de medición de la distribución. Estos problemas los ilustran un par de valores excepcionales entre los 14 países para los que es posible realizar una comparación entre ambos indicadores: Perú y Jamaica. Según el coeficiente de Gini, Perú tiene la

distribución de la renta más equitativa de los 14 países; sin embargo, es el cuarto más desigual según la relación ricos/pobres. Jamaica es el más desigual según el coeficiente de Gini y, por el contrario, tiene una desigualdad media si miramos su relación ricos/pobres.

Los autores del Informe parecen mostrarse, tal vez, demasiado entusiastas con respecto a su coeficiente de correlación, sin percatarse de estas anomalías. No obstante, declaran que el alcance de algunos de los estudios citados puede hallarse limitado a algunos sectores de la población, lo que podría explicar las discrepancias. En definitiva, parece que la base estadística de que se dispone para poder tener en cuenta la distribución en la medición del desarrollo sigue siendo poco sólida.

Aun así, el IDH sensible a la distribución para 53 países muestra unos resultados interesantes. Como era de esperar, la mayoría de los países desarrollados pierden poco con este ejercicio. Tal como se pronosticó, los países que acusan una caída mayor del 10 % en su IDH ajustado a la distribución se encuentran, en su mayoría, en África y América Latina (Panamá, Jamaica, Brasil, Honduras y Costa de Marfil), aunque la caída mayor (casi el 19 %) se da en un país asiático, Nepal. Sin embargo, otros países asiáticos pierden menos del 10 % de su IDH original; y, en dos casos, Indonesia y Corea del Sur, ganan. En cuanto a la distribución, es la punta del iceberg, ya que los países con la distribución más desigual son, probablemente, los que más dificultades presentan para conseguir información al respecto. En principio, el ajuste de la distribución es una parte necesaria del espíritu del IDH. Cuando se haga más practicable, es de esperar que ofrezca cambios considerables respecto de la distribución actual del IDH.

De los indicadores que se utilizan para compilar el IDH, no sólo la renta se halla desigualmente distribuida entre la población. También hay desigualdades en la distribución de la esperanza de vida, alfabetización y escolaridad. Por eso, en principio, también se deben hacer ajustes para éstas, aunque en la práctica los cálculos de la distribución para estas variables son más difíciles de conseguir que los datos para la distribución de la renta.

Se podría esperar que este ejercicio, teóricamente necesario pero prácticamente difícil, incrementa también la desigualdad en la distribución internacional del IDH, ya que en los países con índices elevados del IDH, estas variables están, casi con seguridad, relativamente mejor distribuidas que las de los países con una baja puntuación del IDH.

### **3. La distribución entre los géneros**

El segundo tipo de desigualdad dentro de los países que se analizan en el segundo Informe, es el que se observa entre hombres y mujeres. Hoy en día parece casi obligado que todo informe internacional haga alguna alusión al hecho de que las mujeres sufren el subdesarrollo de manera diferente a los hombres y que, a menudo, padecen más privaciones y algunas particulares. Pues bien, el Informe va más allá e intenta incorporar de manera sistemática las diferencias de género en su marco general. Con respecto al IDH, lo hace produciendo un IDH sensible al género, multiplicando el IDH original de cada país por la relación entre los IDH calculados separadamente con datos para mujeres y para hombres.

Es necesario comentar estos datos. Los datos referidos a la educación (alfabetización y años de escolaridad) se encuentran disponibles por separado según género, es decir, se puede diferenciar la situación de hombres y mujeres al respecto, y así se utilizan en la construcción de los IDH basados en el género sin ajuste. Los datos de la esperanza de vida muestran, en la mayoría de los casos, que la mujer tiene una vida más larga que el hombre. El argumento de los autores es que las mujeres, por su naturaleza biológica, tienen una esperanza de vida mayor que los hombres, siempre que reciban el mismo trato. A los datos relativos a la esperanza de vida basada en el género se les efectúa un ajuste para neutralizar esta diferencia "natural". Para algunos países, este ajuste significa que lo que inicialmente parecía ser una ventaja para las mujeres en cuanto desarrollo humano, se convierte en una desventaja, ya que su esperanza de vida, una vez ajustada, se reduce,

poniéndose así de relieve el trato desigual que reciben<sup>8</sup>. La mayoría de los países en los que la esperanza de vida ajustada de la mujer es más corta que la del hombre, no se hallan incluidos en la construcción del IDH sensible al género, ya que no se dispone de datos suficientes especificados según género para los demás indicadores que conforman el índice.

El ajuste que se hace para la renta es más discutible. La renta per capita de las mujeres es el dato original para la renta per capita en dólares según PPA multiplicada por una variable, que se calcula en base a la razón entre el salario de la mujer y el salario del hombre, multiplicado por la razón entre la participación de la mujer y la participación del hombre como fuerza de trabajo asalariada. En otras palabras, la renta per capita multiplicada por la razón entre renta monetaria que ganan los hombres y la que ganan las mujeres. Esta relación es un buen indicador, en principio, del nivel de discriminación existente para la mujer en el trabajo en términos de sus sueldos relativos y de la ocupación de puestos de trabajo, pero parece menos convincente como medida de su nivel relativo de desarrollo humano. La cifra de la renta en el índice del desarrollo humano pretende representar el acceso a los bienes y servicios materiales necesarios para conseguir la libertad y capacidad que el desarrollo humano debe medir. Mientras que los ingresos monetarios de la mujer como proporción de los del hombre, claramente tienen algo que ver con su libertad relativa, no lo es necesariamente en el sentido de su acceso a los bienes materiales. El hecho de que la renta salarial de la mujer en Costa Rica sea menos de una quinta parte de la del hombre, no significa que el consumo de bienes y servicios de las mujeres sea una quinta parte menor que las de los hombres, ya que es evidente que la mayoría de las mujeres consumirán de acuerdo a los ingresos que los hombres aporten a sus familias.

Es necesario insistir que, aunque el hecho de la insignificante participación de la mujer

<sup>8</sup> Para más discusión de esto y unas consecuencias del análisis véase Amartya Sen, "Faltan cien millones de mujeres", *Ediciones de las mujeres*, N° 15, Santiago-Chile: Isis Internacional, 1991.



en el trabajo asalariado, o simplemente menor que la del hombre, pone de manifiesto, de alguna forma, la discriminación contra la mujer, no es siempre un reflejo de la misma. Para la estadística, la no participación de la mujer en el trabajo remunerado es siempre una actitud involuntaria, pero esto no es verdad. A veces, las mujeres deben incorporarse como fuerza de trabajo a pesar de su voluntad. Parece que este método de medir el nivel de desarrollo que gozan las mujeres perpetúa un problema de las estadísticas económicas que han denunciado múltiples análisis feministas, al no tomar en cuenta el trabajo no remunerado de la mujer. Además, la utilización de salarios relativos como indicador de la discriminación plantea un problema teórico. Si los salarios de los hombres bajan, siempre que los salarios de las mujeres no bajen aun más, entonces el IDH de las mujeres subiría y así el IDH ajustado según el género también se elevaría, siempre que la renta no caiga en su totalidad. Naturalmente se podría evitar este resultado equívoco si el IDH se ajustara simultáneamente para la distribución de la renta y para la diferencia entre géneros. Este tipo de ajuste recogería adecuadamente el espíritu del índice, pero, por razones prácticas, es imposible llevarlo a cabo.

Según las estadísticas que se dispone, hay una mayoría de países desarrollados tanto en los IDH sensibles al género como los sensibles a la distribución. Sin embargo, es evidente que si hubiera datos para más países subdesarrollados, se pondrían de manifiesto niveles de desarrollo humano aún más bajos que los del IDH básico. En otras palabras, el ejercicio digno de elogio de hacer que el IDH sea más sensible tiene como efecto llegar a la conclusión que los países desarrollados tienen un alto nivel de desarrollo humano y que, por eso, constituyen el modelo a seguir, ya que en ellos la renta se distribuye más igualitariamente y se dan menos diferencias entre los géneros.

Esto pone de relieve dos problemas; el primero, que es posible que las variables escogidas no sean suficientemente sensibles para detectar las formas en que se producen las desigualdades en los países más desarrollados. El segundo, que las variables utilizadas reflejan el modo de pensar de los países llamados desarrollados. En el caso del género, la utilización del indicador de la participación en la fuerza de trabajo asalariada supone

aceptar un criterio para una igualdad mayor del género que no aceptarían necesariamente todas las feministas, especialmente en los países subdesarrollados.

También hay otras formas de desigualdad entre los países que sería necesario tener en cuenta y, si fuera posible, integrarlas al índice. Hay tres que son obvias: la desigualdad rural-urbana, la desigualdad regional y la desigualdad basada en la discriminación racial o social.

La Fig. 11 compara la distribución internacional de los índices de desarrollo para 56 países, para los que se dispone, al menos, cuatro de los cinco índices que exponemos a continuación. Muestra desde la desigualdad menor hasta la más alta:

- el IDH de 1991,
- el IDH de 1991, ajustado para la distribución de la renta personal con el coeficiente de Gini,
- el IDH sensible al género,
- la renta per capita en dólares PPA,
- la renta per capita en dólares.

El efecto global de la comparación ilustra que la diferencia entre la comparación tradicional, que utiliza la renta per capita en dólares y el nuevo IDH, al que los autores dieron tanta importancia en 1990, se reduce considerablemente con cada mejora del IDH. Y otras mejoras, teóricamente deseables pero en la práctica irrealizables, podrían poner de relieve la convergencia.

Finalmente, como ya se ha mencionado, los autores del informe de 1992 vuelven a usar el PNB en dólares para analizar la desigualdad en la distribución de la renta global. A pesar del interés intrínseco del análisis que hacen en este sentido, choca, sin embargo, metodológicamente con su anterior insistencia en la virtudes del IDH en comparación con el PNB. Dado que casi no comentan la contradicción metodológica implícita, el Informe introduce un elemento de incoherencia teórica que habrá que resolver. Casi se diría que

los autores empiezan a pensar que el IDH se ha convertido en un callejón sin salida, por lo menos esto parece deducirse del escaso protagonismo que le conceden en el último informe. Pero esta conclusión, a pesar de las críticas realizadas, no sería correcta.

#### **4. Cambios en la distribución a lo largo del tiempo**

El Informe de 1991, que intentó resolver el problema de la imposibilidad de comparar el IDH de un año a otro, presenta una comparación de niveles de desarrollo humano en los años 1970 y 1985. Para ello se emplea el mismo método de compilación del índice, pero la escala de valores utilizada para calcular cada componente no se construye en base al mejor y al peor país del año en el índice, sino con el mejor país en el último año de la comparación y el peor país en el primer año de la comparación. Este método permite hacer comparaciones entre dos años, pero no permite comparar de forma continuada los valores a lo largo del tiempo.

Es inevitable que este cálculo sugiera que ha habido una mejora en la distribución internacional en el tiempo. No se puede evitar llegar a este resultado porque todas las mejoras que se producen en los países con un elevado desarrollo humano se atenúan, bien por la aplicación de la atenuación de la renta o bien (como en el caso de la alfabetización y de la longevidad) porque se ha acercado a algún máximo. La Fig. 12 es una comparación, para los países agrupados por continentes, entre los movimientos del IDH entre 1970 y 1985, y los movimientos de la renta convencional per cápita entre 1965 y 1989, del **ID Mundial**. De la misma manera que el IDH muestra una distribución más igualada que la renta per capita, asimismo el IDH también muestra que la distribución mejora, mientras que la renta per capita muestra que la distribución empeora. Otra vez se manifiestan aquí dos imágenes drásticamente diferentes del mundo. La validez relativa de esta comparación dinámica depende de los mismos factores que los relativos a un nivel estático, a los que se ha hecho referencia continuamente a lo largo de esta crítica.

## VII. PROBLEMAS ESTADÍSTICOS DEL INDICE

El IDH es un índice curioso. Su valor para un determinado país no es un dato absoluto, sino relativo. El valor del IDH de un país depende de donde se sitúe entre los países del extremo superior e inferior que establecen el 1 y el 0 del índice. Esto significa que, si se produjera una mejora de los indicadores que forman el IDH en el país que se encuentra a la cabeza, el IDH de todos los demás países descenderá. O si, por el contrario, se produce un deterioro de los indicadores de los países que están a la cola, los demás países subirán en su índice de desarrollo humano. Y, a la inversa, si los indicadores del país mejor situado desciende, todos los demás subirán, y, si los del país más débil suben, los demás bajan.

Esto significa que el valor del IDH de un país en un determinado año no significa nada fuera de los datos relativos a ese año. Una subida experimentada de un año a otro no se contradice con el empeoramiento de los indicadores del desarrollo humano. Y un descenso, igualmente, no es contradictorio con que progrese el desarrollo humano. Naturalmente, los autores son conscientes de este mecanismo, pero por desgracia no lo han subrayado suficientemente hasta que calcularon, en un apéndice al informe de 1991, los movimientos históricos del índice, tomando los extremos como peor país en el primer año de la comparación y cogiendo el mejor país en el último año de la comparación. Según el IDH, esta es la única manera para que los mejores países puedan hacer un progreso cuantificable.

La reducción al absurdo de este aspecto del índice es que un país que tenga el peor resultado en los tres indicadores, a pesar de que sus valores se aproximen a los de los países mejores -es decir, teniendo un nivel general elevado de desarrollo humano- tendría un IDH igual a 0. Concretamente, si, por ejemplo, todos los países progresasen hasta alcanzar el nivel de Japón, con excepción de Estados Unidos que tiene una esperanza de

vida de 79 años, una alfabetización del 98 por cien y una renta per capita de un dólar menos que el resto, su valor de IDH sería cero. Por desgracia, estamos muy lejos de un mundo tan realizado. No obstante, la reducción al absurdo del método estadístico es una manera gráfica de mostrar la existencia de problemas conceptuales en el procedimiento empleado.

Este aspecto relativista del índice parece que impone un límite a lo que los autores intentan realizar, que es efectuar un cambio en las perspectivas del desarrollo. Si resulta que un país puede mejorar sus indicadores de desarrollo humano y, al mismo tiempo, figurar como un país con un índice inferior de desarrollo humano, se hará muy difícil fomentar la utilización del índice -en comparación con la renta per capita u otros índices- como medida para saber si se ha logrado más o menos desarrollo. Para eso, tal vez sea más conveniente coger los indicadores brutos del desarrollo humano y olvidarse del índice, lo que, precisamente, no es la conclusión a la que querían llegar sus autores.

Este aspecto poco satisfactorio del índice no es, necesariamente, una consecuencia del Informe y de su manera de pensar. Es consecuencia exclusiva de la utilización de un método estadístico muy especial. Parece que hay una solución obvia: sustituir el IDH actual por un índice más sencillo y más convencional, que adoptase algún valor arbitrario inicial y, funcionar luego de acuerdo con una medida ponderada de indicadores. El valor del índice sería comparable un año con otro y, al igual que con los otros índices, se podrían realizar comparaciones entre países, distribuciones, etc. Este sería un nuevo índice de desarrollo que reflejaría diferentes valores, que es lo que intentan los autores. Sería comparable el de un año con otro y así nos permitiría saber claramente si un país progresa o no. Además sería más inteligible. Se podrían conservar en este nuevo índice, menos artificial y más agudo, todos los aspectos que incluye el IDH, como la ponderación de variables, el recorte a partir de un determinado nivel de renta, etc.,. Se hace una sugerencia equivalente en un crítica estadística interesante del índice escrita por Mark McGillivray and Howard White (véase bibliografía). Ellos proponen la selección de una cifra mínima y máxima para el índice que no se cambiará de un año al otro.

El mensaje principal de esa crítica, sin embargo, es otra. Los autores calculan coeficientes de correlación por rangos entre el IDH, sus indicadores componentes y el PIB por persona. Una alta correlación indicaría que el orden de los países es parecida según los dos rankings comparadas. Por ello, uno sería estadísticamente redundante en relación al otro. Estableciendo dos niveles de redundancia ( $R^2=0.9$  y  $0.7$ ) concluyen que según los dos niveles de rigor estadístico, el IDH es redundante en relación a sus componentes y a relación al PIB por persona. Aunque el criterio de los niveles el  $R^2$  son arbitrarios, la conclusión sin embargo parece bastante fuerte y sugiere que no ganamos ningún conocimiento nuevo sobre IDH.

La respuesta que se puede hacer a la crítica de McGillivray y White es que el objetivo del índice no es únicamente cambiar los rankings. Aún con rankings idénticos entre países una parte del "descubrimiento" del índice tiene que ver con la distribución de las variables. Sin embargo, esto también es un descubrimiento muy criticable como ya se ha explicado aquí. Pero la crítica de McGillivray y White queda incompleta por no tomarla en cuenta.

Además, a pesar de los altos índices de correlación de rangos descubiertos por McGillivray y White, hemos visto que hay diferencias bastante grandes de ranking, y cuando estos se comparan, como se ha hecho en el figura 8, parece que existe varias posibles explicaciones lógicas y no evidentemente redundantes. Esta observación cualitativa no elimina la conclusiones rigurosas estadísticas de McGillivray y White, pero nos hace dudar que ellos hayan descubierto, por su método, todo que es pertinente en la comparación de los rankings.

## **VIII. PROBLEMAS CON DATOS DE DIFÍCIL CREDIBILIDAD**

Por muy bien que se defina el índice, en realidad son los datos sociales y económicos

estadísticos brutos utilizados, los que determinan su calidad. Y, naturalmente, se puede entender que en una aventura estadística como ésta se produzcan anomalías. Estas son resultado de las deficiencias existentes en la recogida de los datos en los diferentes países y del esfuerzo de los gobiernos de esos países por "arreglar" los datos de acuerdo a diferentes intereses. Aquí queremos señalar ciertas extrañas anomalías que el Informe no se detiene a discutir.

Por ejemplo, algunos países han cambiado su posición en la clasificación del IDH entre 1990 y 1991, no debido a modificaciones en el procedimiento de compilación del índice, ni por alteraciones de la realidad ocurridas durante el año último, sino porque el valor otorgado a esas variables se ha alterado sin motivo o razón aparente. Uno de los aspectos más notables del Informe de 1990 es el puesto relativamente bajo en que se encontraba Estados Unidos, que se colocaba por detrás de España e Irlanda en el nivel de desarrollo humano. Sin embargo, en 1991 Estados Unidos ha ganado 12 puestos, subiendo del número 19 al 7, llegando a alcanzar casi el lugar que ocupa en la clasificación de la renta per capita. Esto se debe en parte al hecho de haber añadido el "promedio de los años de escolaridad" en la variable de educación, lo que ha incrementado el resultado relativo de Estados Unidos. Pero también existe otro factor, y es que el nivel de alfabetización de adultos de Estados Unidos creció en el transcurso de 1990 a 1991 del 96 por cien al 99 por cien. Esto no puede ser el resultado de un nuevo estudio comparativo de relaciones de alfabetización internacional, ya que la fecha, 1985, y la fuente, UNESCO, siguen siendo las mismas en uno y otro informe. Sin embargo, al tiempo que Estados Unidos ha subido tres puntos porcentuales en su índice de alfabetismo, Cuba lo ha visto reducir del 96 por cien al 92.2 por cien, estando claro que no se ha producido ese descenso realmente. También Nicaragua baja del 88 al 78 por cien; Chile, del 98 al 92.2 por cien; e, Irak, nada menos de un 89 a un 52.4 por cien. Estos cambios, ¿son simples mejoras inocentes en los mecanismos de recolección de datos? O, ¿son resultado de maniobras hechas entre bastidores por los gobiernos? Las cifras de alfabetización para un gran número de países, especialmente en África, también han cambiado considerablemente en ambas direcciones. Ya que la fuente y el año de referencia citados son los mismos en

ambos informes, los autores debieran haber explicado algo sobre estos misteriosos vaivenes. Pero al no haber explicación alguna, sólo puede concluirse con la peor y más maliciosa de las hipótesis.

Si Estados Unidos constituye el ascenso más llamativo en la clasificación de 1991, la degradación más espectacular es la de un país que el Informe denomina "Kampuchea Democrática" en el año 1990 y "Cambodia" en el de 1991. Los datos correspondientes a este país no se alteran, con excepción de su alfabetización que cae del 75 por cien al 28.8 por cien. Esto sitúa al país en el número 140 de los 160 contemplados en 1991, cuando su lugar en 1990 era el 90 sobre 140 países. Su "heroico" ascenso de 38 puestos en la clasificación correspondiente al IDH comparado con su clasificación en la renta per capita se reduce a una ganancia modesta de 18 puestos.

Finalmente, formulamos unas quejas concretas y expresamos nuestra incredulidad con respecto a algunos puntos de los cuadros estadísticos:

a) los cuadros 19 y 40 sobre los gastos militares en los países en desarrollo e industrializados respectivamente, ofrecen una columna para la relación gastos militares-gastos conjuntos de enseñanza y salud, que en realidad es un porcentaje y no una relación.

b) resulta difícil creer que Noruega, que tiene la quinta razón más elevada de matriculación de enseñanza terciaria (Cuadro 33) tenga, al mismo tiempo, un elevadísimo coeficiente de adultos sin llegar a la enseñanza secundaria superior (Cuadro 27), aunque teóricamente es posible si fuera muy reciente el desarrollo de la enseñanza superior.

c) es todavía más difícil de creer que Estados Unidos tenga una proporción de científicos y técnicos por 1.000 habitantes que representa una sexta parte del Japón, una quinta de la de Canadá, Suecia, Irlanda y Hungría, y la más baja de todos los países industrializados, con excepción de Nueva Zelanda. Esta cifra, increíblemente baja ha aparecido en dos informes sin alterarse. Probablemente se deba, a menos que se trate de



un error, a diferencias de la definición del concepto a medir según los países.

d) la nota técnica número 3 sobre "Sensibilidad del IDH global a la disparidad entre sexos" resulta difícil de entender, porque se trata probablemente de un importante error de imprenta. Ilustra los resultados diciendo que Finlandia "gana un puesto, pasando del tercero al segundo", cuando lo que debiera decir es que es Suecia gana dos puestos, al subir del 4 al 2. De hecho, Finlandia asciende del puesto 13 al número 1.

e) en el cuadro 1, Yemen tiene una cifra para su PNB real per capita, es decir medido en PPA, mientras que en el cuadro 17 no se le adjudica ninguna. ¿Qué debe pensarse que sea lo correcto?

Pueden señalarse otras sutilezas sobre errores o imprecisiones. Pero las expuestas sirven para poner de relieve lo peligroso que es concluir de manera tajante sobre lo que es el mundo en base a datos que pueden encontrarse, incluso, en informes y documentos elaborados por importantes organizaciones internacionales, que disponen de grandes recursos para realizar sus trabajos.

## IX. CONCLUSIONES

El **Informe del desarrollo humano** es, en muchos sentidos, un documento muy oportuno. En un momento en que el debate internacional está cada vez más dominado por la ortodoxia económica neoclásica, que alaba los valores meramente económicos de libre mercado, el Informe recupera consideraciones que se habían apartado del debate internacional, e introduce nuevas cuestiones importantes y críticas sobre la necesidad urgente de redefinir que es el desarrollo. El hecho de estar o no de acuerdo con las conclusiones o ideas del Informe no es tan importante como el hecho de que haya abierto más espacio para la discusión en un momento de expansión del totalitarismo ideológico

en los círculos oficiales internacionales.

La conclusión global de este trabajo es que, si bien ha efectuado esta importante y positiva contribución, el Informe ha sobreestimado la importancia del IDH, que todavía presenta muchos problemas. Si estos sólo se refirieran a la dificultad de definir y de medir el desarrollo, no habría ninguna queja. Pero algunos problemas tienen su origen en la manera como el índice se ha compilado y en la forma de procesar los indicadores en base a los cuales se elabora. En nuestra opinión, la importancia otorgada al índice tiende a dejar a un lado otras cuestiones más fundamentales que, así mismo, se abordan en el Informe, como la definición del desarrollo y, una vez definido éste, la manera de medirlo. El índice, en cuanto tal, no constituye la aportación más importante para aclarar estas cuestiones.

No obstante, el aspecto positivo del índice es que no es un producto terminado. Ha cambiado de forma considerable entre el primer y segundo año y sus autores pretenden seguir modificándolo. Hasta ahora los cambios han consistido en añadir un indicador y procesar otro nuevo de manera distinta. En este comentario, como argumento central, se ha destacado lo problemático del actual índice, principalmente por el método básico para calcularlo, que hace que sea una medida sin valor absoluto pero que ofrece una clasificación relativa. Por esta razón, siempre puede ocurrir que se produzcan resultados anómalos, ya que el lugar de cualquier país dependerá de los valores tomados de los indicadores de otros países. Y el valor para cualquier país en un año determinado no puede relacionarse con su valor en otro año. El resultado es que el IDH se asemeja a una especie de competición anual entre países, en lugar de una medida que fomente la búsqueda consistente de un objetivo absoluto, claramente definido.

La metodología relativista plantea otro problema con respecto al Informe. A pesar de que intenta audazmente apartarse del objetivo convencional y economicista de buscar siempre el incremento de la renta nacional, en realidad no se aparta de la filosofía del desarrollo que entiende lo que está ocurriendo en los países ricos como el objetivo que debieran

alcanzar los demás países. De este modo, la conclusión implícita del Informe y de la compilación del índice es que todos los países tendrían que intentar llegar al nivel de Japón, que es el país que ocupa el puesto más alto del IDH (aunque en el año 1992 tuvo que ceder esa primera posición a Canadá). Con este comentario no se pretende dar un golpe de efecto hipócrita y racista contra Japón, por otra parte algo muy característico de muchos políticos de los países desarrollados, y no deja de ser algo positivo que sea un país no europeo el que salga mejor parado en el IDH. Pero podemos razonablemente poner en tela de juicio que Japón representa un ideal de desarrollo humano. Muchos japoneses son críticos y señalan varias deficiencias en su sociedad. Lo mismo sirve para otros países con altos índices de desarrollo humano. De hecho, a muchos de los que hemos vivido siempre como ciudadanos y ciudadanas de países catalogados con altos niveles de IDH, pensamos que nuestras sociedades se encuentran más bien a las puertas de lo que debe ser el infierno que del posible paraíso ansiado. Quizás lo que explica que se tenga hoy en día menos miedo al infierno metafísico sea, precisamente, que de alguna forma ya lo estamos experimentando. Sin embargo, el Informe sigue insistiendo en que los demás países debieran parecerse cada vez más a los de alto desarrollo.

En este enfoque hay dos problemas. El primero es que hay muchos aspectos negativos en países con niveles altos de IDH, algunos de los cuales son la otra cara de la moneda de los supuestos indicadores que contribuyen a que su desarrollo humano se considere elevado. Por ejemplo, algunos aspectos del desarrollo han sido decisivos para conseguir una mayor longevidad en los países "desarrollados". Pero el desarrollo, que ciertamente ha eliminado muchas enfermedades mortales y lacras sociales, ha introducido también algunas enfermedades mortales nuevas, como el estrés, trastornos cardiovasculares, accidentes de tráfico, etc., que claramente reducen la longevidad. Por eso el objetivo realista del desarrollo humano no tendría que ser la longevidad que se da en Japón, sino la que fuera posible si no se produjeran las muertes debidas al desarrollo. Y es que, dados los recursos y el conocimiento actualmente disponibles, no se pueden "perdonar" tan fácilmente las muertes relacionadas con el desarrollo, y debieran considerarse con una ponderación negativa a la hora de calcular el IDH.

Los autores del Informe son conscientes de esta cuestión cuando en el informe correspondiente al año 1991 introducen un cuadro (Tabla 28, en el Informe) sobre lo que llaman "debilitamiento del tejido social" para los países industrializados desarrollados. Vamos a comentar este título, ya que forma parte del vocabulario de los conservadores sociales. En cualquier caso, este cuadro es una respuesta bastante insatisfactoria al problema planteado. Las tres primeras columnas muestran un conservadurismo social sorprendente, ya que aportan cifras sobre la tasa de divorcios, de hogares monoparentales y lo que llama razón de hijos ilegítimos (expresión que resulta especialmente anacrónica). De hecho, un índice más alto de divorcios no tiene porqué identificarse automáticamente como un debilitamiento del tejido social; por el contrario, bien pudiera ser una expresión de un mayor grado de libertad social.

Tampoco resulta adecuado presentar en este cuadro el número de reclusos. De alguna manera, tal vez es más acertado decir que, una mayor población de presos en las cárceles ilustra la falta de libertad en la sociedad. Pero sugerir que es una prueba del debilitamiento del tejido social y meterlo en el mismo saco junto con las violaciones, divorcios e hijos ilegítimos supone aceptar que los presos son realmente culpables de los crímenes que se les imputan.

A pesar de lo insatisfactorio del cuadro antes referido, se hace necesario confeccionar indicadores de los aspectos inhumanos del desarrollo, que puedan servir de contrapeso a la tendencia que se plasma en el Informe, de presentar la realidad de los países industrializados como el objetivo general del desarrollo.

Aquí se presenta un segundo problema. Es posible que los países desarrollados no sean un objetivo conveniente para los países subdesarrollados y eso por varias razones. La primera es el hecho de que si se generaliza la utilización de los recursos materiales y la producción de contaminación al mismo nivel de los países desarrollados, el planeta se destruiría. El **Informe del Desarrollo Humano** no refleja con la fuerza suficiente este aspecto crítico que desde la ecología se formula al actual desarrollo. Esto ocurre, en parte,

por el método de selección de las variables que sirven para confeccionar el índice. Ninguna de ellas hace referencia a las consecuencias medioambientales del desarrollo ni al problema de la sustentabilidad.

Existe otra importante razón de porqué el mundo desarrollado puede no ser el objetivo apropiado. A saber, que el desarrollo de los países desarrollados depende, por lo menos en alguna medida, del resultado de la explotación de los países subdesarrollados. Esta crítica al actual desarrollo la formulan muchos pensadores progresistas y se encuentra muy elaborada en un gran número de trabajos de la teoría de la dependencia. Tanto la teoría de la dependencia como la crítica desde la ecología son referencias de quienes plantean la contradicción existente entre el desarrollo de los países subdesarrollados y el mantenimiento del nivel y el modelo de desarrollo de los países desarrollados. Por eso, el desarrollo sólo puede darse si se producen cambios profundos en los países desarrollados, bien en la forma de utilizar los recursos y en la forma de producir para evitar la polución, o bien en la forma de vivir a cuenta de los demás, o en ambos conjuntamente. No se quiere decir con ello que todo lo que plantean la teoría de la dependencia o la crítica medioambientalista sea correcto. Muchas de sus consideraciones son muy discutibles. Pero sí se puede decir que han aportado elementos importantes al entendimiento del desarrollo y que, sin embargo, no se tienen en cuenta en la metodología del Informe, que mantiene implícitamente que los países pobres pueden llegar a alcanzar elevados niveles de desarrollo, independientemente de lo que ocurra en los países desarrollados. Así se ve el desarrollo esencialmente como un progreso, siguiendo un camino recorrido anteriormente y que puede seguir siendo la referencia para el futuro. No queda nada de la idea de que los caminos ya recorridos han hecho que el salto al futuro resulte imposible o cada vez más problemático. La clave de un desarrollo exitoso está en

las políticas gubernamentales de los países que actualmente tienen un bajo nivel de desarrollo y, quizás, en una ayuda mejor dirigida y más generosa.

El resultado de esta forma de pensar que se encarna en el Informe es una mezcla de crítica

radical y profunda del significado del desarrollo, que habrá que incorporar al debate sobre el desarrollo, y una actitud complaciente y relativamente optimista de cara al equilibrio del poder en el mundo. Mediante el procedimiento de devaluar los niveles altos de renta, los autores han eliminado parte de las supuestas ventajas de los países desarrollados. Pero, mientras una manipulación estadística puede reducir las supuestas ventajas que los países desarrollados se consideran poseedores en relación a los subdesarrollados, no pueden eliminar el privilegio que les otorgan esos elevados niveles de renta, ni el poder que poseen para mantener su desarrollo a costa de continuar con el subdesarrollo de los demás.

## Bibliografía

Victor Anderson, Alternative Economic Indicators, London and New York, Routledge, 1991

Megnad Desai, "Human development: Concepts and measurement", European Economic Review, Vol 35, 1991, pp. 350-357

M. Ferroni and R. Kanbur, "Poverty conscious restructuring of public expenditure", Social Dimensions of Adjustment Unit, Africa Region, The World Bank, 1990

Hopkins, M., "Human Development revisited: a new UNDP report", *World Development*, Vol 19, 1991, pp.1469-1473

Ravi Kanbur, "Pobreza y Desarrollo: el Informe sobre el Desarrollo Humano y El Informe sobre el Desarrollo Mundial, 1990", Pensamiento Iberoamericano, núm 18, 1990, pp. 203-221

R. Kanbur, "Measurement and alleviation of poverty", IMF Staff Papers, 1987

M. McGillivray, "The Human Development Index: yet another redundant composite development indicator?", *World Development*, Vol 19, 1991, pp.1461-1468

Mark McGillivray and Howard White, "Measuring development? A statistical critique of the UNDP's Human Development Index", *Working Paper Series*, No 135, Institute of Social Studies, The Hague, October 1992

Oswaldo Martinez, "Cuba: experiencias en desarrollo humano", Comercio Exterior, vol 41, núm 6, Mexico junio de 1991, pp.519-529

G. Pyatt, "Poverty: a wasted decade", European Economic Review, Vol 35, 1991, pp.358-365

V.V.B.Rao, "*Human Development Report 1990: review and assessment*", *World Development*, Vol 19, 1991, pp.1451-1460





# Cuadro 1: Ranking de países por IDH y PNB por persona

PAIS	Ranking IDH	Ranking PNB pp	Dif.
<b>Alto desarrollo humano</b>			
Japón	1	3	2
Canadá	2	10	8
Islandia	3	4	1
Suecia	4	7	3
Suiza	5	1	-4
Noruega	6	5	-1
EEUU	7	6	-1
Holanda	8	16	8
Australia	9	21	12
Francia	10	12	2
Reino Unido	11	20	9
Dinamarca	12	9	-3
Finlandia	13	8	-5
Alemania	14	11	-3
Nueva Zelanda	15	23	8
Bélgica	16	17	1
Austria	17	14	-3
Italia	18	19	1
Luxemburgo	19	2	-17
España	20	29	9
Israel	21	27	6
Barbados	22	33	11
Irlanda	23	28	5
Grecia	24	38	14
Hong Kong	25	25	0
Cipre	26	31	5
Czechoslovakia	27	34	7
Bahamas	28	22	-6
Malta	29	16	7
Hungría	30	55	25
URSS	31	39	8
Uruguay	32	53	21
Bulgaria	33	40	7
Yugoslavia	34	51	17
Corea del Sur	35	44	9
Portugal	36	43	7
Singapur	37	26	-11
Chile	38	72	34
Trinidad/Tobago	39	45	6
Costa Rica	40	57	17
Polonia	41	82	41

PAIS	Ranking IDH	Ranking PNB pp	Dif.
<b>mediano desarrollo humano</b>			
Brunei Dar.	42	63	9
Argentina	43	52	9
Venezuela	44	46	2
México	45	65	20
Antigua/Barbuda	46	43	-4
Mauricio	47	65	16
Kuwait	48	18	-30
Albania	49	81	32
Qatar	50	24	-26
Bahrain	51	30	-21
Malasia	52	61	9
Doníca	53	69	16
<b>mediano desarrollo humano</b>			
Panamá	54	59	5
Suriname	55	54	-1
Emiratos Arabes	56	13	-43
África del Sur	57	57	0
Rumania	58	50	-8
Jamaica	59	35	24
Brasil	60	58	-2
Colombia	61	39	22
Cuba	62	60	-2
Seychelles	63	41	-22
Grenada	64	65	0
St Kitts/Nevis	65	49	-16
Tailandia	66	68	22
Belize	67	74	7
St Lucia	68	70	2
Arabia Saudí	69	32	-37
Turquía	70	76	6
Fiyi	71	71	0
Siria	72	58	-4
Paraguay	73	82	9
Corea del Norte	74	78	4
Sri Lanka	75	120	45
Libia	76	35	-41
Ecuador	77	34	7
Perú	78	75	-3
St Vincenc	79	80	1
Rep Dominicana	80	102	22
Samoa	81	107	26

PAIS	Ranking IDH	Ranking PNB pc	Dif.
China	87	133	51
Jordania	83	73	-10
Filipinas	84	109	25
Nicaragua	85	97	12
Omán	86	37	-49
Mongolia	87	92	5
Líbano	88	93	5
Guyana	89	122	33
Tunez	90	79	-11
Irak	91	47	-44
Irán	92	54	-28
Maldivas	93	121	30
El Salvador	94	89	-5
Botswana	95	87	-8
Is. Salomon	96	108	12
Gabón	97	48	-49
<i>Baja desarrollo humano</i>			
Indonesia	98	117	19
Vietnam	99	142	43
Honduras	100	95	-5
Vanuatu	101	96	-5
Argelia	102	56	-46
Guatemala	103	31	-12
Swazilandia	104	99	-5
Namibia	105	77	-28
Myanmar	106	144	38
Lesotho	107	121	14
Marruecos	108	98	-10
Cabo Verde	109	103	-6
Bolivia	110	111	1
Zimbabue	111	106	-5
São Tomé/Prin.	112	112	0
Kenia	113	130	17
Egipto	114	104	-10
Congo	115	90	-25
Madagascar	116	147	31
Papua Nueva Guínea	117	150	-33
Zambia	118	137	19
Camerún	119	86	-33
Pakistán	120	131	11

PAIS	Ranking IDH	Ranking PNB pc	Dif.
Ghana	121	125	4
Costa de Marfil	122	101	-21
India	123	132	9
Zaire	124	152	28
Haití	125	127	2
Comoros	126	119	-8
Tanzania	127	156	29
Lao RDP	128	150	22
Nigeria	129	138	9
Yemen	130	110	-20
Togo	131	129	-2
Liberia	132	116	-16
Rwanda	133	134	1
Uganda	134	139	5
Senegal	135	105	-29
Bangladesh	136	155	19
Guinea Ecuat.	137	124	-13
Malawi	138	154	16
Burundi	139	140	1
Camboya	140	158	18
Etiopia	141	159	18
R. Centroafricana	142	128	-14
Sudán	143	113	-30
Bután	144	151	7
Nepal	145	149	4
Mozambique	146	150	14
Angola	147	94	-53
Mauritania	148	114	-34
Somalia	149	153	4
Benin	150	128	-24
Guinea-Bissau	151	148	-3
Chad	152	157	5
Djibouti	153	115	-38
Burkina Faso	154	143	-11
Niger	155	136	-19
Mali	156	141	-15
Afganistán	157	146	-11
Guinea	158	119	-39
Gambia	159	145	-14
Sierra Leona	160	135	-25

**Cuadro 2: Indicadores en el ID Mundial e ID Humano**

INDICADOR	ID Mundial	ID Humano
Indicadores económicos		
PNB per cápita (\$)	■	■
PNB per cápita (PPP\$)	◻	■
Tasa de crecimiento del PNB per cápita	■	■
Tasa de inflación	■	■
Composición sectorial	■	■
Tasas de crecimiento sectorial	■	
Crecimiento consumo e inversión	■	
Estructura de la demanda	■	◻
Estructura del consumo	■	■
Oferta monetaria	■	
Tipos de interés	■	
<b>INDICADORES DE LA FUERZA DE TRABAJO</b>		
% fuerza de trabajo sobre la población		■
Mujeres en la fuerza de trabajo		■
Estructura sectorial		■
Beneficios de la seguridad social		■
Crecimiento de los ingresos por empleo	◻	■
<b>INDICADORES DEL COMERCIO INTERNACIONAL</b>		
Exportaciones e imports, nivel y crecimiento	■	
Estructura de las importaciones	■	
Estructura de las exportaciones	■	
Relación de intercambio	■	■
Importaciones de la OCDE procedentes del Tercer Mundo	■	
Balanza de pagos	■	■
Reservas internacionales	■	■
Remesas de emigrantes	■	■

INDICADORES DE LA AYUDA OFICIAL AL DESARROLLO (AOD)		
Corrientes netas de OCDE y OPEP	■	
Montos recibidos, total y per cápita	■	■
División de la AOD según fines		■
INDICADORES DE LA DEUDA		
Deuda externa total	■	
Flujos netos de recursos y transferencias	■	
Relaciones de deuda externa	■	■
Condiciones de los empréstitos públicos	■	
INDICADORES DE GASTOS DEL GOBIERNO		
Gastos de defensa, salud y educación	■	■
Gastos: %del PNB	■	■
Estructura de los ingresos del gobierno	■	◐
Superavit/Déficit del presupuesto	■	■
INDICADORES MILITARES		
Gastos militares	■	■
Tamaño de las fuerzas armadas		■
Importaciones de armas		■
INDICADORES DE LA INDUSTRIA		
Valor agregado manufacturero	■	
Estructura de la industria manufacturera	■	
Ingresos en la industria manufacturera	■	◐
Producción manufacturera por empleado	■	
INDICADORES DE ENERGIA		
Consumo de energía	■	
Crecimiento de la producción de energía	■	
Crecimiento de consumo de energía	■	
Importaciones de energía (% sobre total)	■	

INDICADORES DE AGRICULTURA Y ALIMENTOS		
Valor agregado en la agricultura (% y total)	■	■
Importaciones de cereales	■	■
Razón de dependencia alimentaria		■
Ayuda alimentaria	■	■
Producción de alimentos per cápita (cambios)	■	■
Consumo de fertilizantes	■	
Producción de alimentos p.c.	■	■
INDICADORES DEMOGRAFICOS		
Población	■	■
Esperanza de vida	■	■
Crecimiento demográfico	■	■
Tasas de natalidad, fertilidad y mortalidad	■	■
Utilización de anticonceptivos (mujeres)	■	■
Tasa de dependencia		■
Densidad de población		■
INDICADORES DE SALUD		
Habitantes por médico	■	■
Población por enfermero/a	■	■
Nacimientos con asistencia profesional	■	■
Niños nacidos con poco peso	■	■
Tasa de mortalidad infantil	■	■
Niños de 1 año inmunizados		■
Lactancia materna al año		■
Desnutrición de menores de 5 años		■
Suministro de calorías diario	■	■
Población con acceso a servicios de salud		■
Población con acceso a agua potable		■
Población con acceso a salubridad		■

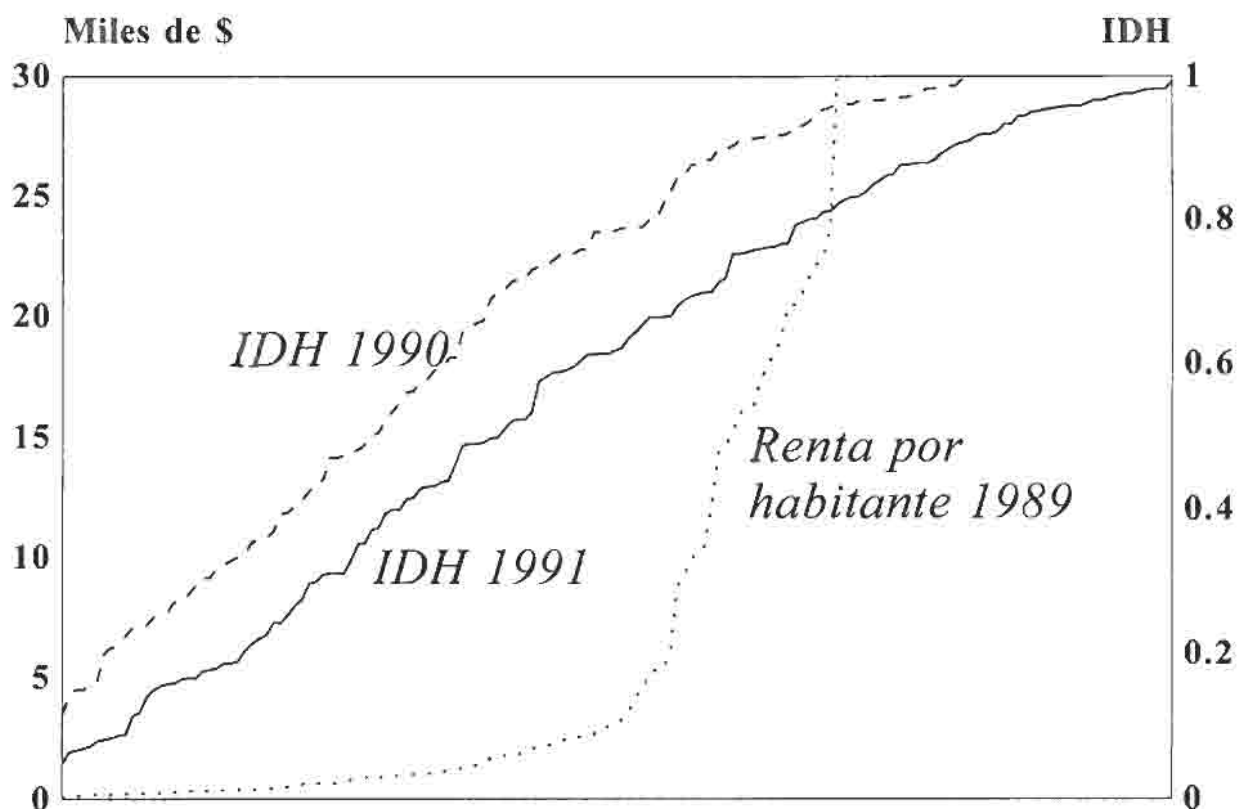
INDICADORES DE EDUCACION		
Alfabetismo de adultos	■	■
Porcentaje en educación primaria, secundaria, etc.	■	■
Matriculación de hombres y mujeres	■	■
Relación estudiante/maestro en primaria	■	
Años de escolarización		■
Duración de la educación obligatoria		■
Tasa de deserción		■
Repetidores		■
Científicos y técnicos		■
Graduados: % sobre la población		■
Estudiantes en el extranjero		■
Rádios por 1.000 habitantes		■
Televisores por 1.000 habitantes		■
Periódicos en circulación		■
INDICADORES DE LA DISTRIBUCION DE LA RENTA		
Participación en el ingreso: quintiles	■	◻
Coefficientes de Gini		■
Población por debajo de la línea de pobreza		■
INDICADORES URBANO/RURAL		
Población urbano/rural: % sobre total	■	■
Crecimiento de la población urbana	■	■
Capital como % del total	■	◻
Ciudades > 1 millón: % sobre total	■	
Principales ciudades con densidad demográfica más alta		■
Número de personas por recinto habitable		■
Casas sin electricidad		■
Desigualdad rural/urbana: acceso a servicios de salud		■
Desigualdad rural/urbana: acceso a agua		■
Desigualdad rural/urbana: acceso a salubridad		■
Desigualdad rural/urbana: nivel de pobreza		■

INDICADORES DE LA MUJER		
Mortalidad de menores de 5 años según sexo	■	
Esperanza de vida según sexo	■	■
Mortalidad por maternidad	■	
% de mujeres en educación	■	■
Tasa de alfabetismo según sexo		■
Años de escolarización según sexo		■
Mujeres en la fuerza de trabajo		■
% mujeres en el parlamento		■
INDICADORES DE MEDIO AMBIENTE Y DE RECURSOS NATURALES		
Superficie total	■	■
Tierra cultivable: superficie y crecimiento		■
Ganado: per cápita y crecimiento		■
Producción de madera para combustible: per cápita y crecimiento		■
Superficie de bosques	■	
Tasa de deforestación	■	■
Zonas de tierra protegidas	■	
Recursos internos de agua renovables	■	■
Indice de invernadero		■

■ = contiene datos completos de este indicador

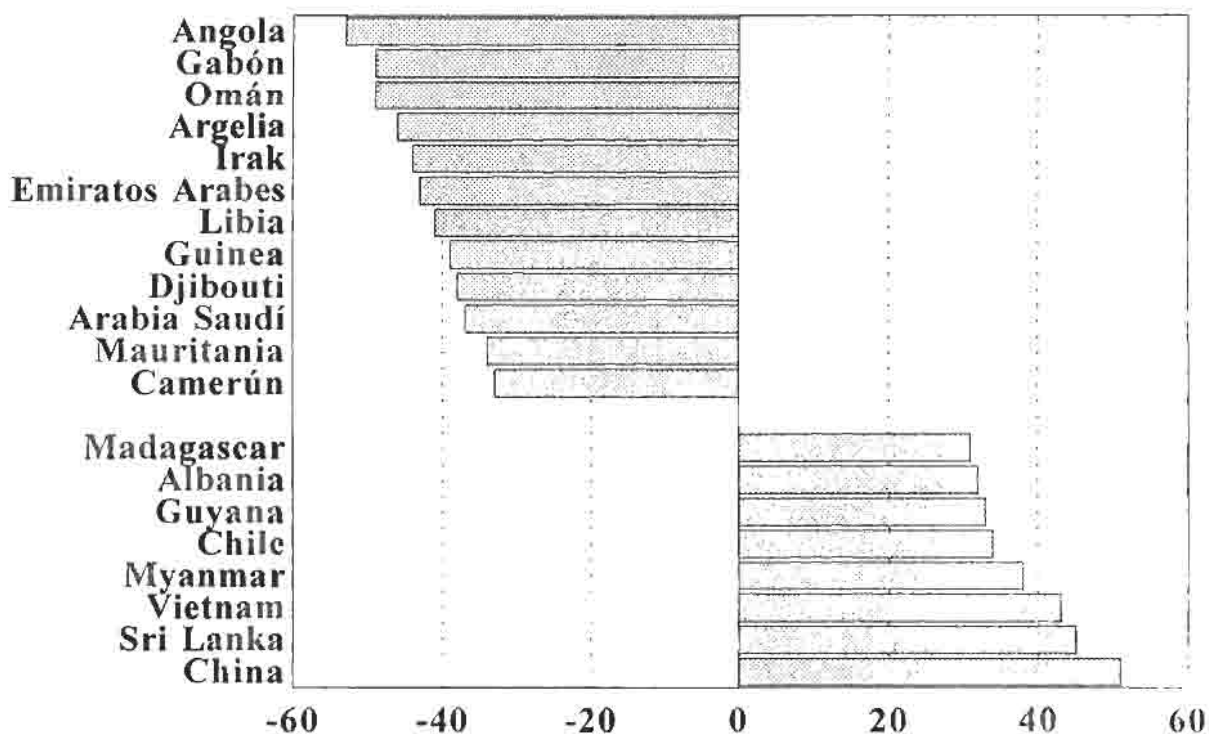
◻ = contiene datos parciales de este indicador

# 1: Desarrollo humano y renta por habitante



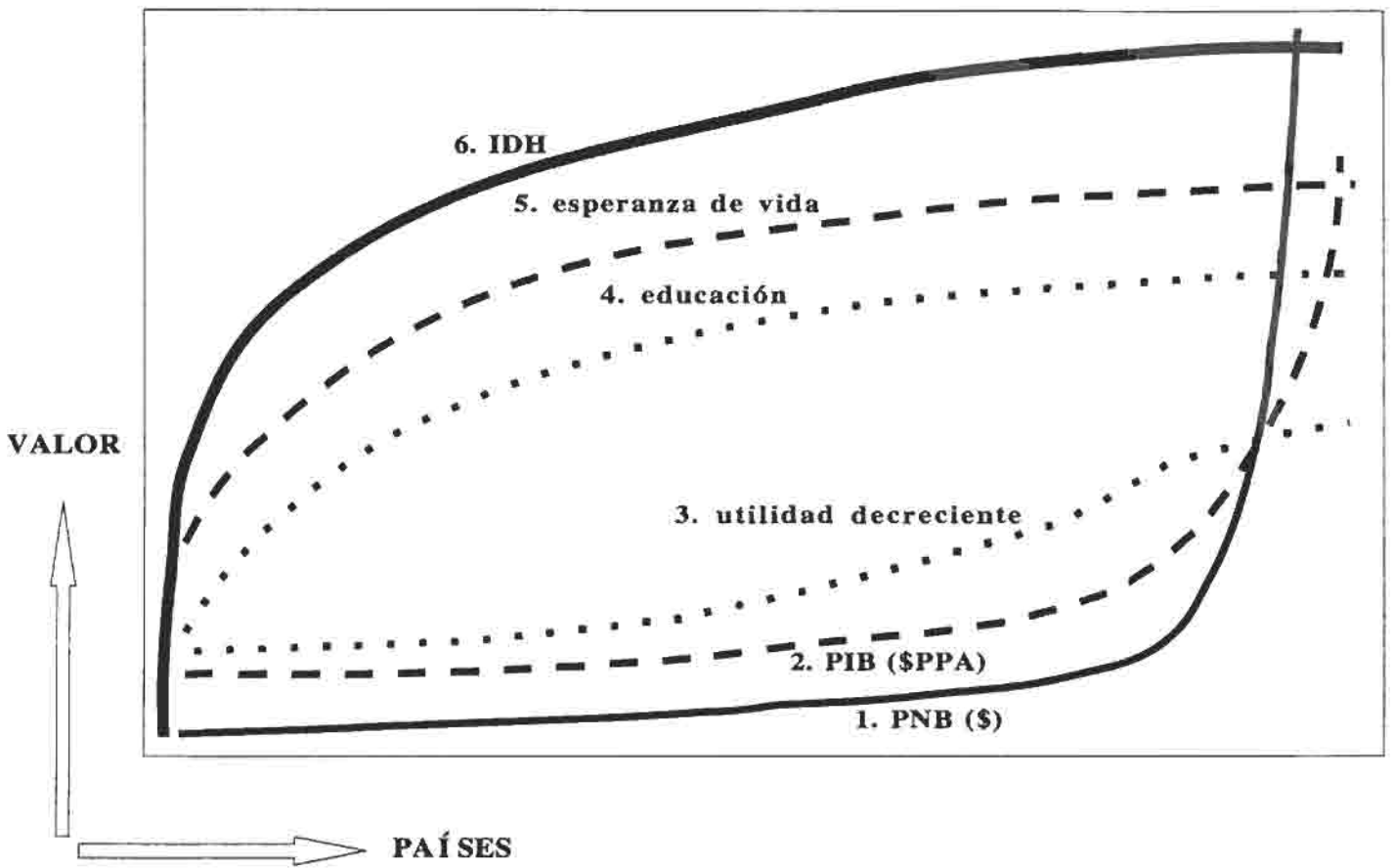
## 2: Cambios de los "rankings"

Alzas y bajas de más de 30 posiciones: IDH comparado con renta por habitante

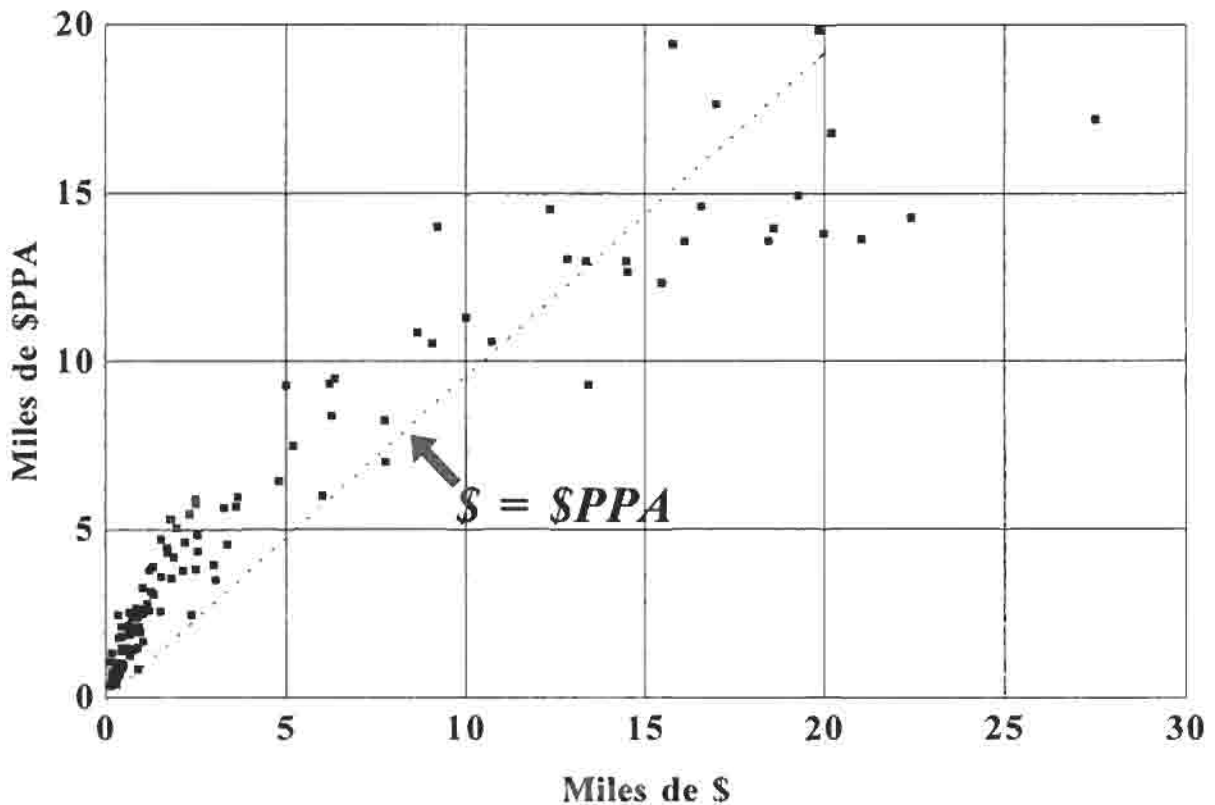




### 3: La construcción del Índice de Desarrollo Humano



### 4: La renta por habitante en \$ y \$PPA



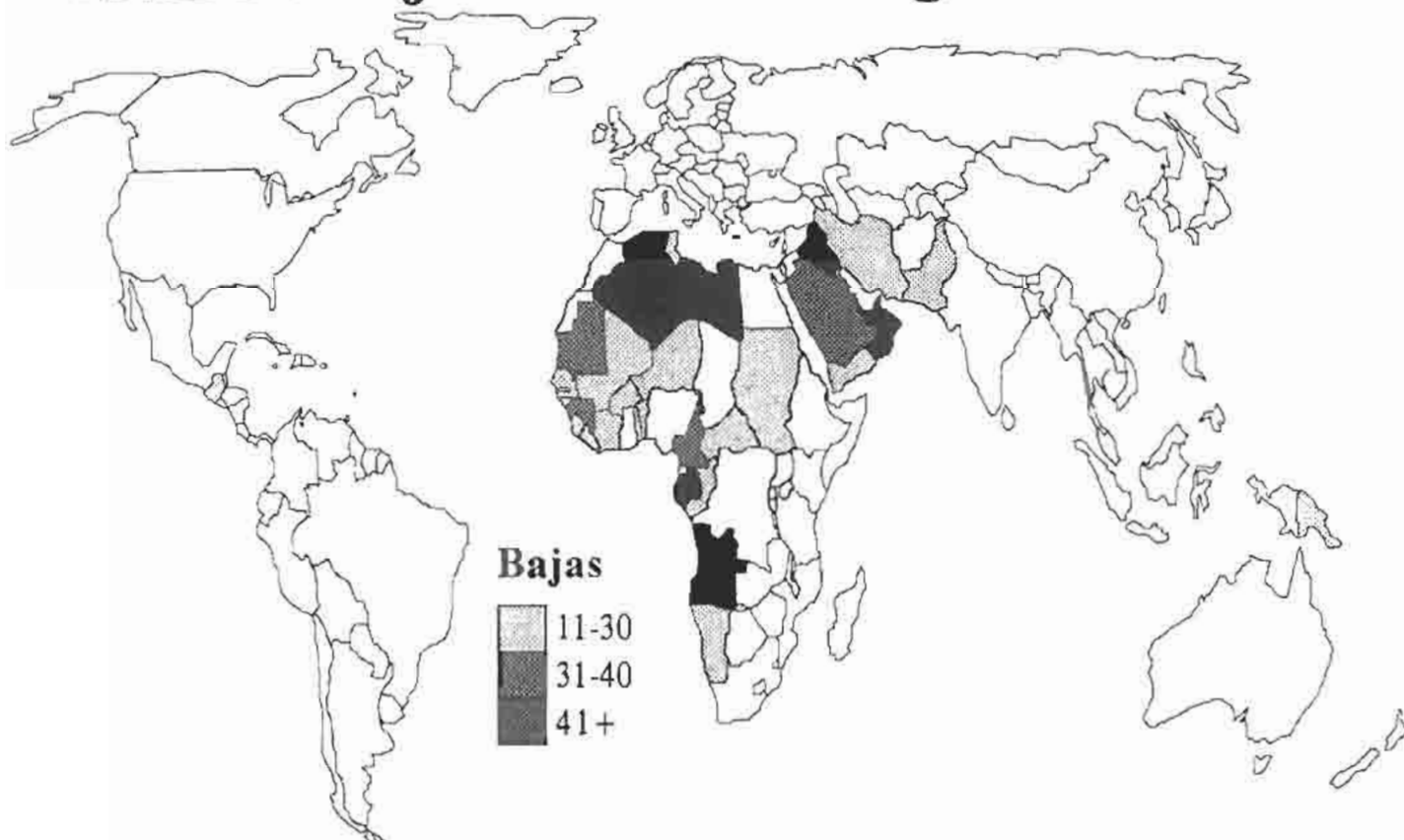
## 5: Desarrollo humano en el mundo



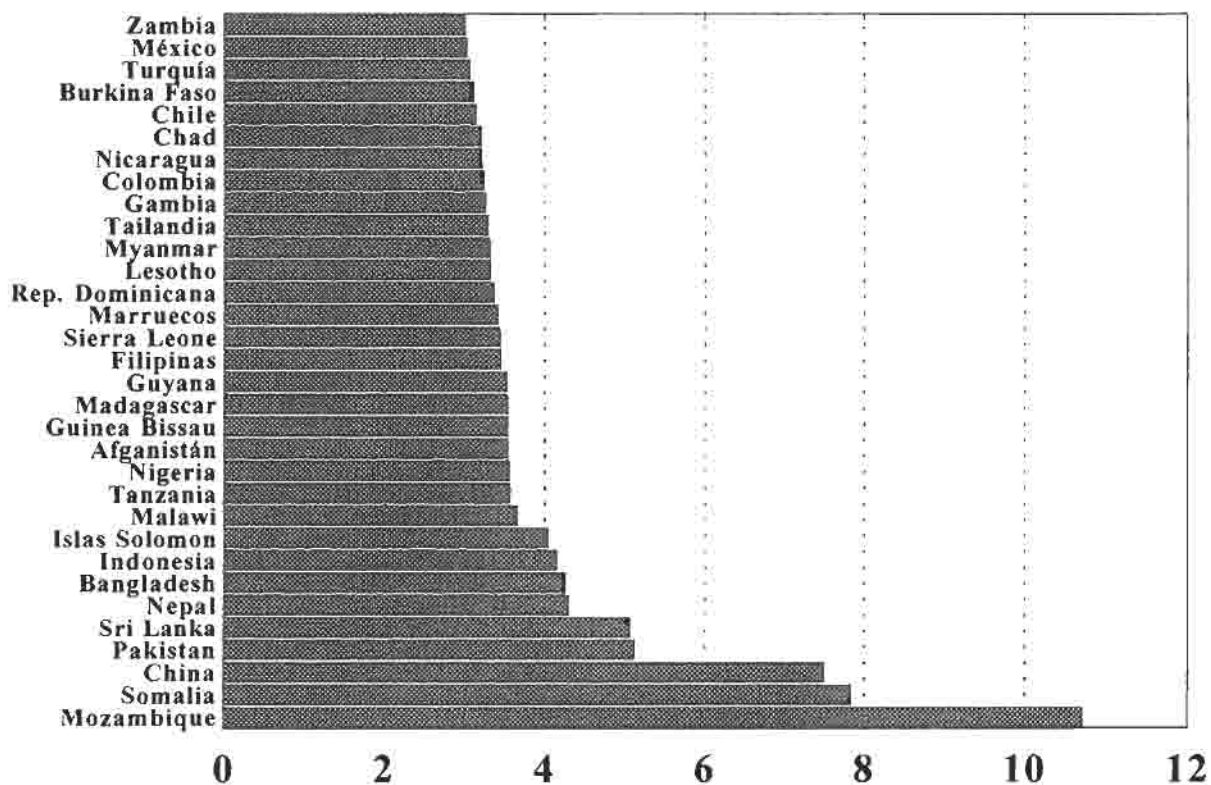
## 6a:IDH: Alzas de los "rankings"



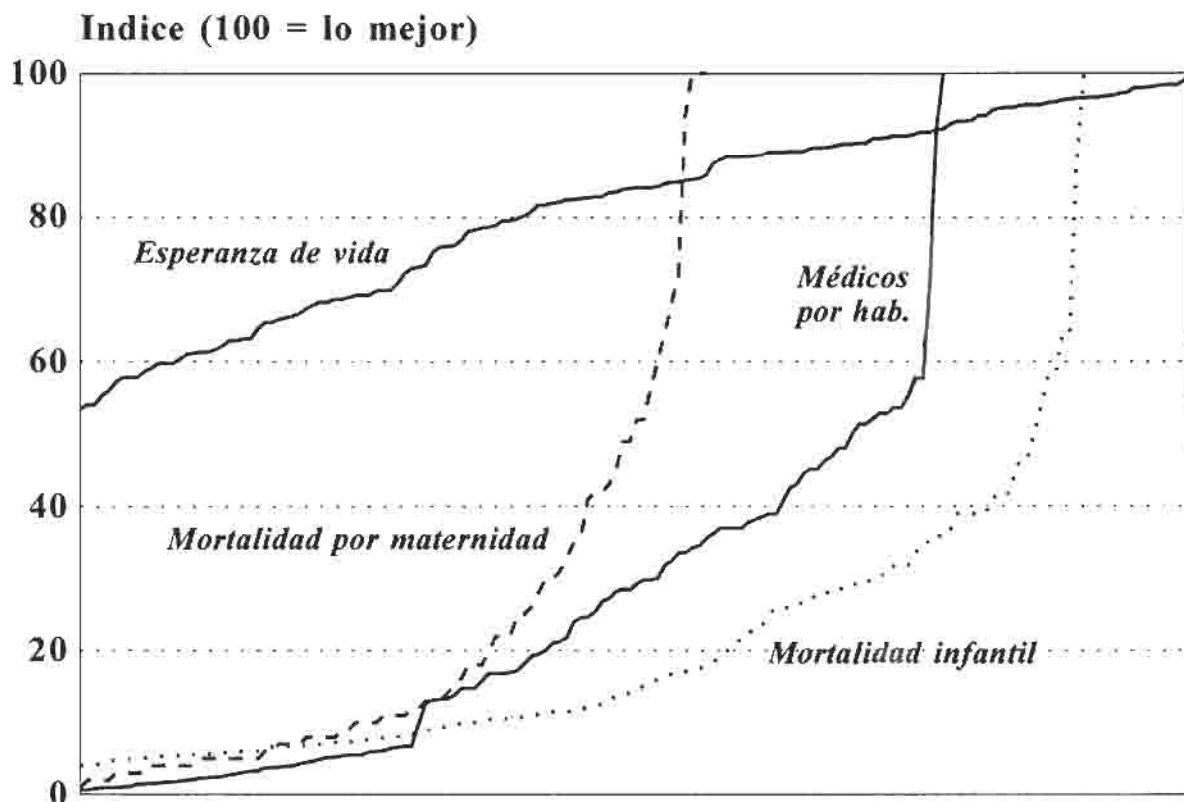
## 6b:IDH: Bajas de los "rankings"



## 7: La renta en \$PPA como múltiplo de la renta en \$

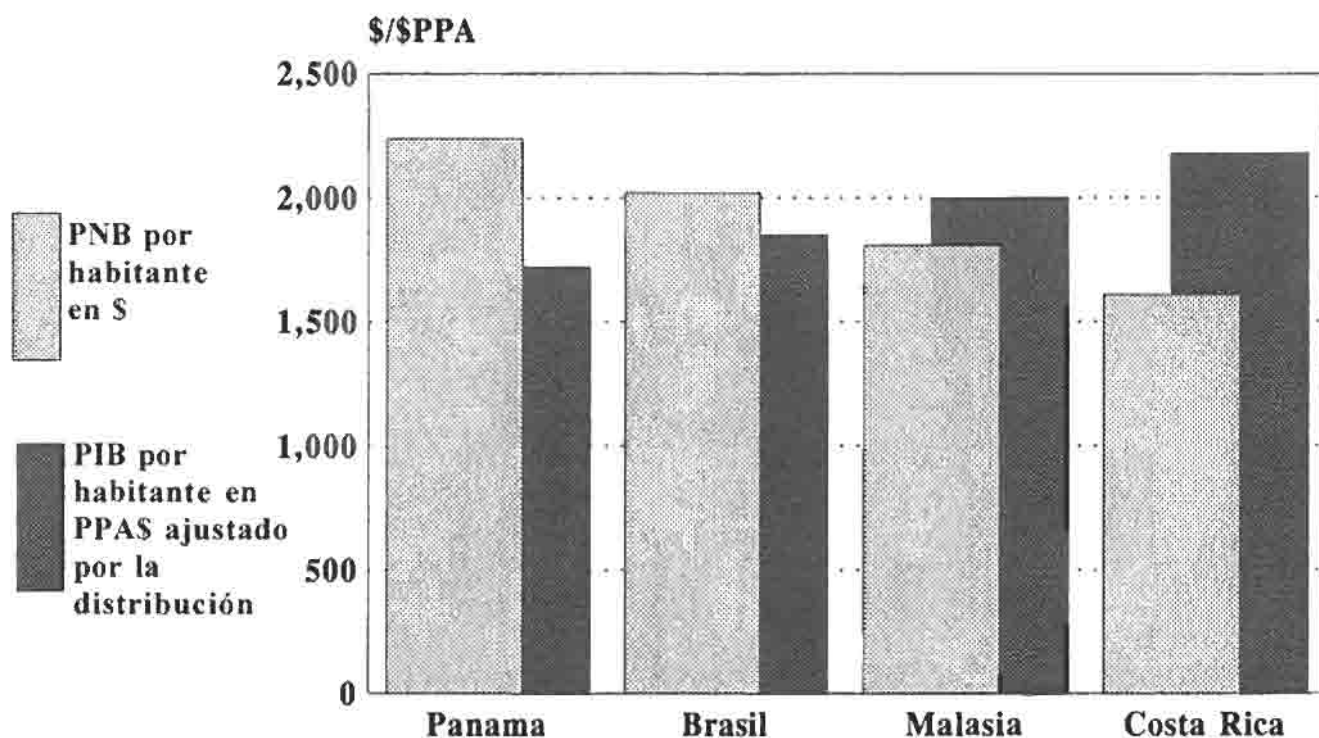


## 8: La distribución de 4 indicadores de la salud



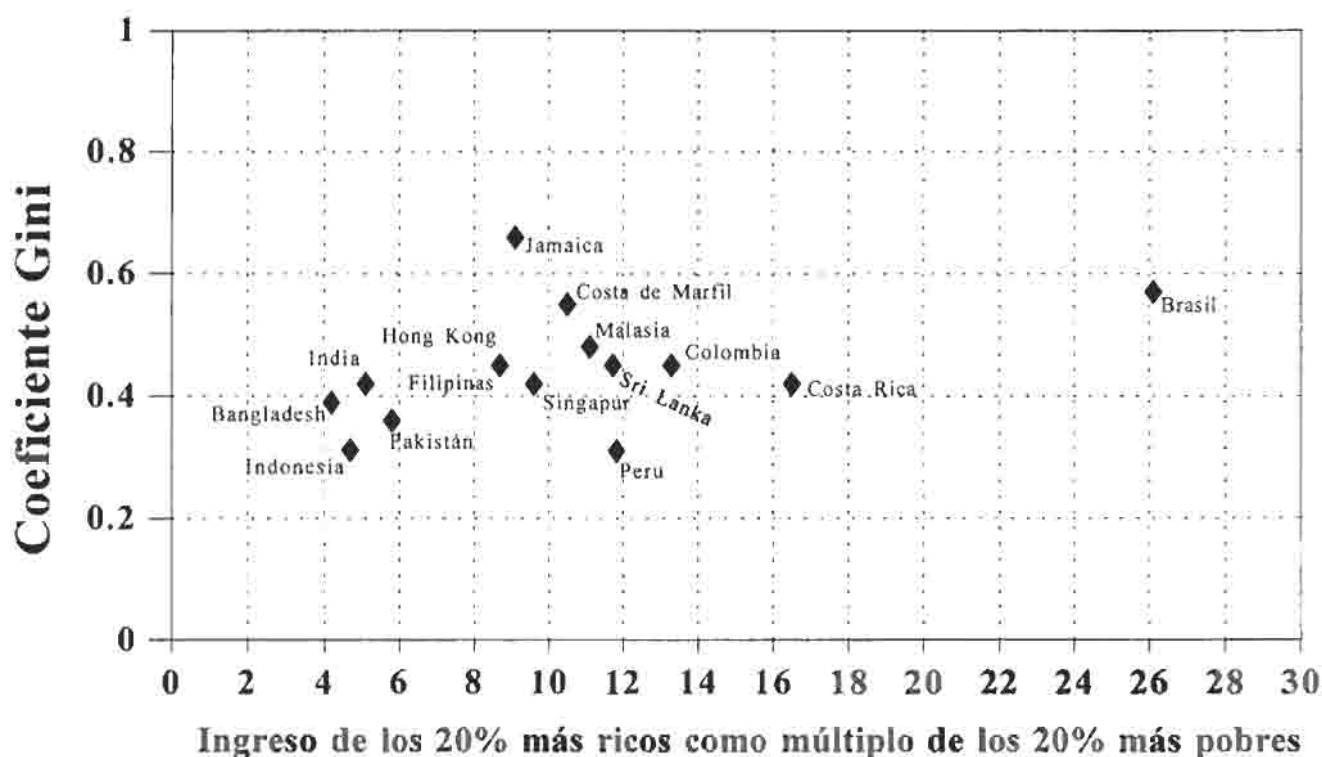
## 9: Los efectos de la distribución

La renta por habitante ajustada y no ajustada



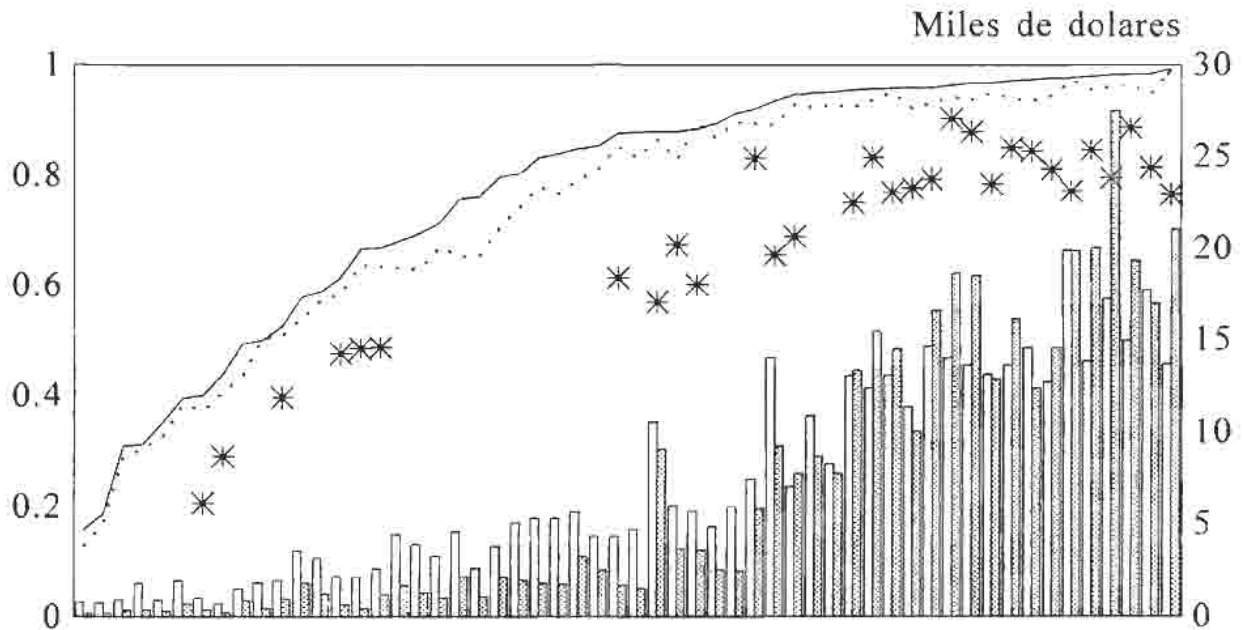
## 10: Dos medidas de la desigualdad

Relación del coeficiente Gini y razón ricos/pobres



# 11: Cinco medidas del desarrollo

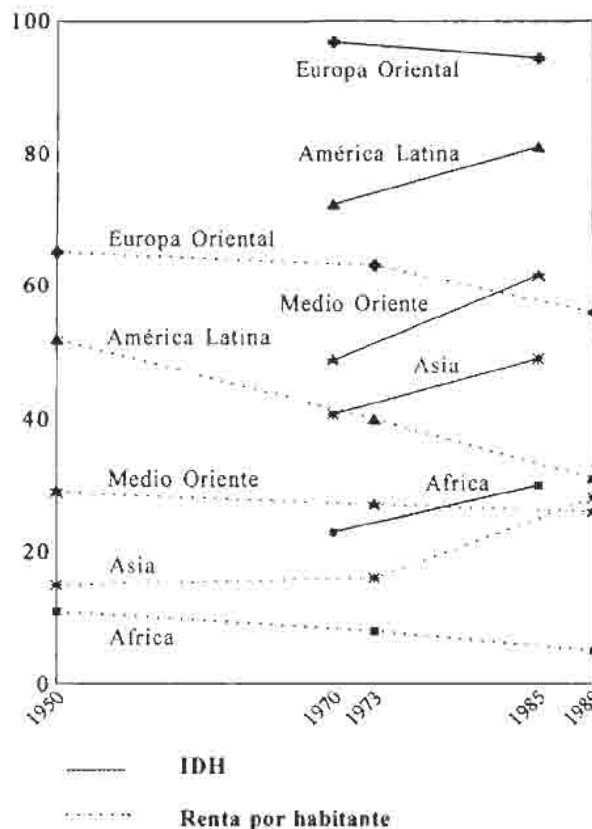
## 56 países



— IDH    ..... IDH distribución    \* IDH género    □ Renta ph \$PPA    ▨ Renta ph \$

### 12: ¿Más o menos igualdad?

#### IDH y renta por habitante como % del nivel OCDE



## Otros Títulos

- N.º 0 OTRA CONFIGURACION DE LAS RELACIONES OESTE-ESTE-SUR. Samir Amín. Junio 1989.
- N.º 1 MOVIMIENTO DE MUJERES. NUEVO SUJETO SOCIAL EMERGENTE EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE. Clara Murguialday. Octubre 1989.
- N.º 2 EL PATRIMONIO INTERNACIONAL Y LOS RETOS DEL SANDINISMO 1979-1989. Xabier Gorostiaga. Diciembre 1989.
- N.º 3 DESARROLLO, SUBDESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE. Bob Sutcliff. Enero 1990.
- N.º 4 LA DEUDA EXTERNA Y LOS TRABAJADORES. Central Unica de Trabajadores de Brasil. Mayo 1990.
- N.º 5 LA ESTRUCTURA FAMILIAR AFROCOLOMBIANA. Berta Inés Perea. Junio 1990.
- N.º 6 AMERICA LATINA Y LA CEE: ¿DE LA SEPARACION AL DIVORCIO?. Joaquín Arriola y Koldo Unzeta. Septiembre 1990.
- N.º 7 LOS NUEVOS INTERNACIONALISMOS. Peter Waterman. Mayo 1991.
- N.º 8 LAS TRANSFORMACIONES DEL SISTEMA TRANSNACIONAL EN EL PERIODO DE CRISIS ORGANICA. Xoaquín Fernández. Septiembre 1991.
- N.º 9 LA CARGA DE LA DEUDA EXTERNA. Bob Sutcliff. Mayo 1992.
- N.º 10 DESARROLLO HUMANO: UNA VALORACION CRITICA DEL CONCEPTO Y DEL INDICE. Bob Sutcliff. Junio 1993.

